

JUAN GARCÍA HORTELANO

Mucho Cuento

(selección)

| | |
|-------------------------------|----|
| Gigantes de la música..... | 3 |
| Carne de chocolate | 17 |
| Un crimen..... | 23 |
| Nunca la tuve tan cerca | 30 |
| El último amor..... | 34 |

Gigantes de la música

A veces salía de la bañera y se sentaba al piano. Había convertido el cuarto de baño pequeño en su refugio privado y sólo las noches en que el bombardeo duraba más de lo habitual se decidía a bajar al sótano. Con arreglo a cálculos de balística (que inventaba conforme los explicaba, igual que inventó la mitología ramplona sobre la que asentó su vida), el cuarto de baño pequeño era la única habitación de la casa a la que no podía alcanzar ningún proyectil. En consecuencia, hasta que a principios del 39 se pasó por unas alcantarillas de la Moncloa, el tío Juan Gabriel soportó toda la guerra dentro de la bañera, salvo cuando salía a recorrer los pasillos, para hacer piernas, y a veces, para hacer dedos, se sentaba al piano.

En contraste con la casa de la abuela, en aquel caserón de la tía abuela Dominica, densamente poblado de solteros y criadas, imperaba el silencio a lo largo del día, excepto durante las concurridas comidas y cenas. Pero, inopinadamente, la música llenaba las habitaciones y durante unos minutos cesaba la actividad de las mujeres.

—Eso es de la Tosca —decía la tía abuela Dominica.

—A mí me parece, señora, que es *El lago de Como* —opinaba Balbina, de rodillas, con la bayeta chorreando entre las manos.

—Juan Gabriel, ¿qué es eso que estás tocando? —Mendelssohn, madre.

—Ya se lo decía yo, señora —subrayaba Balbina, que no perdía ocasión de contradecir a la tía abuela para dejar claro que ella, en aquella casa, estaba prestada hasta que su verdadera señora (mi madre) volviese del otro lado.

Y los tres nos quedábamos en el umbral del cuarto de dibujo escuchando. Al rato, la tía abuela retornaba a su ajetreo, advirtiendo doblemente:

—Juan Gabriel, acuérdate que tienes muchos temas que repasar. Que no se te vayan las horas en músicas. Y tú, Balbina, a tus obligaciones.

Balbina aún tardaba un poco en volver a doblarse sobre los baldosines. Yo entraba en el cuarto de dibujo, trepaba al taburete del tío Honorio y asistía al recital, hasta que, inopinadamente, como había empezado, acababa.

Aquellas primeras audiciones junto al piano debieron tener lugar en las semanas de la sarna, la única temporada durante la guerra civil que yo viví en casa de la tía abuela Dominica y de los tíos. Más concretamente, ya en la convalecencia, cuando no tenía que permanecer encerrado día y noche en el cuarto trastero.

Sin embargo, más que la imagen de la tía abuela, de Balbina y de mí mismo en el umbral del cuarto de dibujo, conservo, en las galerías de la memoria acústica, la música del piano al otro extremo de la casa. Y reconstruyendo unas, ocasiones que así tuvieron que suceder, me veo encaramado en unos baúles tras el vidrio fijo del montante, en el fondo de la casa, absorto en el recodo del pasillo (mi obsesivo panorama desde el montante) y, como el que percibe que ha despertado mientras aún creía dormir, atento a aquellos sonidos que insensiblemente habían suplantado al silencio. Así y allí tuve por vez primera conciencia de la música en el lazareto del cuarto de los trastos, con el cuerpo embadurnado de pomada y enfermo de soledad.

Pero aquella música lejana, hasta cuando llegaba a conmoverme o a intrigarme, me producía una sensación de extrañeza, que los años se encargarían de convertir en la convicción de que nunca la música dejaría de serme ajena. Sobre todo, incluso sobre la irresistible atracción que ejercía, la música, la distanciadora música, habría de originarme, también pronto, un sentimiento de enemistad.

—Está celebrando las últimas noticias del frente de Aragón —me susurró una mañana la abuela, mientras ella y Balbina me bañaban.

—Seguro, señora. No hay más que oír lo que toca —corroboró Balbina en tono clandestino.

En los primeros días de mi traslado a casa de la tía abuela Dominica, la abuela se presentaba todas las mañanas e, incluso, algunas tardes acompañada de Riánsares, hasta que, alegando que sus cuidados me enternecían, le prohibieron que viniese a verme.

El tío Juan Gabriel cedía el cuarto de baño pequeño hacia el mediodía y, una vez terminados el baño y la untura, Balbina prendía con alcohol un fuego casi invisible en la bañera; luego, reponía en su interior la colchoneta, el almohadón de terciopelo granate, la tabla de la plancha en funciones, de mesa de estudio, los tomos del *Castán*, los códigos, las revistas atrevidas, el cuarterón de picadura, librito de papel de fumar, mechero, lápices y cucurucho de semillas de girasol, la impedimenta, en resumen, de un opositor a notarías.

—Alguna han hecho en el Ebro o donde el moro perdió el tambor, porque ya le está dando otra vez a los himnos decía, de pronto, Balbina con aquella voz apesadumbrada, que imitaba de la abuela.

En efecto, la casa vibraba con las heroicidades musicales de un tío Juan Gabriel enardecido por las últimas noticias propaladas por la quinta columna. En aquella familia se aseguraba que el verano del 38 sería el último verano de la guerra y, aunque yo me empecinaba en no creerles, escuchando la pompa patriótica que el tío Juan Gabriel arrancaba del piano, el odio me hacía temblar.

Ojalá le oigan los vecinos y avisen a los milicianos.

No te hagas ilusiones con la vecindad de esta casa, mi niño, que son todos carcas. Hay que reconocer, eso sí, que suena bonito —y Balbina, apretando la esponja contra mi vientre, se quedaba inmóvil, tarareando maquinalmente la infamia que nos llegaba del cuarto de dibujo.

Años después, siempre en el cuarto de dibujo del tío Honorio, descubriría yo la música de cámara. Sería ya en los veranos de la postguerra, de estudiante que se ha quedado para septiembre y al que han dejado sin vacaciones en casa de la tía abuela, cuando, al terminar la sobremesa, abandonaba el comedor en compañía de los virtuosos. Para entonces al piano del tío Juan Gabriel se le habían unido el violín de Mucius Scaevola y la flauta travesera (o el clarinete, más según los días que según las partituras) de Justiniano.

Llegaban juntos, a los postres, recién terminado el parte en la radio. Sobre la banca-arcón del recibidor dejaban los estuches de los instrumentos. Entraban en el comedor respetuosamente, lamentando día a día la intrusión. Con un saludo ceremonioso a la tía abuela y otro descuidadamente generalizado para los caballeros sentados en torno a la mesa oval, proponían esperar a Juan Gabriel en la cocina. La tía abuela, que al único varón que permitía merodear por las zonas del servicio era a mí, les invitaba a tomar asiento y les ofrecía un vaso de vino. Ocupaban las dos sillas pegadas a la pared, una a cada lado de la puerta del comedor, declinaban el vino con un gesto de compungido agradecimiento, como de quien nunca lo ha probado, y esperaban a que terminase la cotidiana discusión entre los hermanos. Si la tía abuela Dominica les preguntaba por la preparación de los temas, contestaban, impasibles, que estaban a punto de darle la quinta vuelta al programa. Nunca, por espesa y violenta que se pudiese la discusión entre mis tíos, intervenían; nunca mostraban impaciencia. Nunca nadie percibió sus miradas tenaces al frutero.

A Mucius Scaevola y a Justiniano la familia de Juan Gabriel les parecía una familia señorial; quizá porque la tía abuela Dominica exigía sentarse a la mesa con americana y con corbata; quizá por los ennegrecidos cuadros y los goyescos tapices que agobiaban paredes y puertas; sin duda, por el tío Javier, dos años menor que el tío Juan Gabriel y ya magistrado, héroe de la jurisprudencia combatiente en los despachos burgaleses durante los recientes tiempos en que Burgos había sido la capital de la patria, luego espía de va y viene en el frente de la Universitaria y, en aquellos días, doctrinario en activo del Régimen. Este conglomerado de blasones mantenía a Mucius Scaevola y a Justiniano con las rodillas unidas y sobre las rodillas las manos hasta que se llegaba a las heces de la última botella de vino o la tía abuela,

todavía con fuerzas entonces para silenciar a la jauría de sus hijos, daba por terminadas las holganzas de la sobremesa.

Durase lo que durase la espera ritual, en cuanto el tío Juan Gabriel se ponía en pie me precipitaba yo a conseguir el permiso de la tía abuela y salía del comedor tras el trío. Al final del laberinto de pasillos y habitaciones, el mundo ya era otro. En mangas de camisa los cuatro, mientras ellos desenfundaban los instrumentos y abrían las partituras, liaba yo un cigarrillo y me acomodaba en el taburete del tío Honorio. La obra, programada diariamente a consecuencia de un vivo debate, terminaba por concertarse al segundo o tercer intento y normalmente se desarrollaba sin interrupciones, aunque raramente completa.

Algunas tardes Mucius Scaevola estaba quisquilloso y no perdonaba gazapo al piano, ni a la flauta (o al clarinete). Otras tardes, cuando la música sonaba con tal fluidez y verosimilitud que yo llegaba a olvidarme de sus intérpretes o éstos no parecían lo que eran, bien el tío Juan Gabriel, bien Justiniano, se desgajaban chirriantemente de la ejecución, alegando una fatiga o un tedio que les impedía continuar. En ocasiones, Mucius Scaevola emprendía un solo de violín, aunque no era infrecuente que accediese a acompañarles en la interpretación de las más famosas melodías de las operetas de moda. Incluso el tío y Justiniano cantaban, mimando en falsete al tenor, a la supervedette o al gatuno coro de vicetiples.

A la velada ponía término la aparición del tío Honorio, que fingía no percibir el sobresaltado abandono de mi cigarrillo en el cenicero y que, con cara de siesta aún, venía a recuperar su cuarto de trabajo. El trío recogía, con mi ayuda, el *atrezzo* orquestal, el tío Juan Gabriel cerraba con llave el piano y, otra vez, por los lúgubres pasillos y las penumbrosas habitaciones, regresábamos hacia el interior de la casa. En la sala de costura se despedían de la tía abuela y algunas tardes afortunadas, en las que coincidían la invitación de los opositores y el consentimiento de la tía abuela Dominica, se me autorizaba a que les acompañase a estudiar en casa de Justiniano.

Horas después era frecuente que, en una pausa de fatiga o de repentina repugnancia, me asombrase de que aquellos tres hombres, en cuya compañía venía trajinando de café en café y de billar en billar, fuesen los mismos que aquella misma tarde, ensimismados y tenaces, habían interpretado a Bach o a Schubert, a Schumann o a Granados, y que ahora, después de encargarme comunicar por teléfono a la tía abuela que cenábamos un bocadillo para proseguir estudiando, acosaban a una tendera o pretendían acostarse gratuitamente con un desecho de la ramería del barrio. Mucho después, cargado yo con mi *Salustio Alvarado* y con el *Castán* del tío Juan Gabriel, rehuyendo al sereno para ahorrar la propina y ahítos de coñac, lográbamos abrir el portal y subíamos la escalera a trompicones, para separarnos en las tinieblas del recibidor.

Dada la condición de los habitantes de aquella casa, no resultaba insólito que, antes de alcanzar la guarida de la cama, me tropezase con alguno de mis tíos, también de regreso o merodeando el cuarto de las criadas, o descubriese dormido sobre el tablero de dibujo y con el flexo encendido al tío Honorio, o que, al atravesar el dormitorio de la tía abuela para alcanzar la alcoba interior en que yo dormía, oyese una voz sonámbula que, llamándole por su nombre, preguntaba la hora al marido muerto hacía quince años. Por fin, y algunas noches sin fuerzas para desnudarme, caía en la cama y, de inmediato, se me iba el sueño y el coñac encendía una constelación de pensamientos fosforescentes, que no lograba controlar y que me sumían en una angustia desfallecida, en los remordimientos.

Pero también cuando la Fortuna no me favorecía con un interminable peregrinaje de golfería garrapatera por la zona de la glorieta y, al terminar la velada musical, la tía abuela Dominica me mandaba a estudiar al despacho (única pieza del caserón que nadie utilizaba nunca), el insomnio se apoderaba de mí nada más tenderme en la cama y la fronda de pensamientos, azuzada por el calor de aquellas polvorientas noches de verano, ya que no por el coñac, me agotaba, me hundía en esas somnolencias que imitan engañosamente al sueño y, a pesar de que todavía no había vivido catorce años, me abrumaba de recuerdos. Todavía me

consideraba a mí mismo fundamentalmente un niño y, sin embargo, tenía la sensación, por lo que había perdido y lo que había olvidado, de haber vivido mucho.

Cuánto había cambiado el mundo para mí desde el Año de la Victoria, sin avisar, sin detenerse... La abuela había muerto y había muerto Luisa. Mi madre había regresado y era distinta a la que yo había recordado durante la guerra. Habíamos recuperado a Balbina, Riánsares acababa de casarse y el abuelo vivía con nosotros en la casa de Argüelles, reconstruida aprovechando sus propios escombros. Según Silverio Abaitua, que continuaba en el antiguo barrio de los abuelos, la Concha trabajaba de dependienta y emputecía descaradamente. De Tano apenas tenía noticias y no me gustaba pensar en él, lo mismo que me enfurecía seguir deseando la carne de la Concha o igual que me negaba a admitir que la abuela hubiera muerto después de la derrota. A veces, sentía, sin poderlo remediar, que más dolorosa que la pérdida de la abuela era la pérdida de su casa, de aquella casa mía durante los años de la guerra y cuyo recuerdo me hacía extraño en cualquier otra.

El despacho se iba obscureciendo y, conforme la luz de la tarde desaparecía en los dos balcones del despacho, se iba gastando la mina del lápiz a fuerza de rayas sobre el borrador de un cuadro sinóptico de los mamíferos ungulados. En octubre volvería al internado; algunos domingos iría a verme mi madre a las horas de visita; otros, me correspondería salir y mi padre me llevaría al Museo del Prado. Cualquier tarde de aquéllas, a poco que insistiese, el trío me dejaría entrar con ellos al prostíbulo de la calle San Marcos y, a poco dinero que les sobrase, me pagarían una mujer, cuyo cuerpo (más placer no podía imaginar) sería como el de la Concha o el de Balbina. Quizá, a pesar de lo que decían los tíos y de lo que decía la radio, la victoria sería para los aliados, que vendrían a España a expulsar en menos de una semana a los curas y a los falangistas; quizá un día las calles de Madrid se volverían a llenar de pioneros desfilando, de iglesias ardiendo, de milicianas con moño ceñido a las nalgas y corraje, de libertad. Pero aquel futuro, imaginado para aliviar las horas de estudio de la pesadumbre del presente, a cada ensoñación, perdía vigor, como la luz en los balcones, como el lápiz despuntado, como alguno de los pasajes musicales más reiterados por el violín, el piano y la flauta.

Diese la luz eléctrica o continuase en la penumbra proveniente de los faroles recién encendidos, me entretuviese o no en contar por su ruido los automóviles que pasaban por la calle, terminaba por rechazar todo recuerdo y todo proyecto, y me distraía reconstruyendo mentalmente la música que había oído aquella misma tarde o una tarde cualquiera. Intentaba escalar aquel himalaya de oídas, analizando mi ignorancia sobre un fenómeno que, en esencia, me resultaba incomprensible y sobre el que, en definitiva, no tenía más datos que las sensaciones que me provocaba, las excéntricas opiniones del tío Juan Gabriel y alguna noticia concreta, arrancada a Mucius Scaevola.

Apenas emprendida la ascensión, caía. Aún habrían de pasar muchos años para que, ocupadas algunas cimas, sólo divisase desde ellas la conocida llanura de mi sensibilidad exacerbada. Pero entonces, escapando de las complacencias sensibleras, creía yo que en las cumbres ocultas por las nubes habría de encontrar un alivio original y aún más reconfortante que el que me producían algunos de los cuadros del Prado y alguno de los libros que devoraba. Es más, resbalando por la primera estribación de aquel himalaya turbiamente intuido, me empeñaba en horadarlo, aplicando literalmente la metáfora de profundizar en el conocimiento, como quien horada una duna en busca de las entrañas de un volcán.

Y; de repente, durante alguno de aquellos veranos de la adolescencia maravillosamente miserable, creía haber alcanzado simultáneamente la cumbre y el corazón de la montaña. Había reconocido; por ejemplo, durante un concierto a la hora de la siesta una obra escuchada en épocas lejanísimas. En los días siguientes, a fuerza de insistir que aquello se lo había oído yo tocar al tío Juan Gabriel en el último verano de la guerra civil, conseguía que prestasen alguna atención a mis torpes canturreos.

Muchacho —sentenciaba el tío Juan Gabriel—, tienes menos oreja que la Victoria de Samotracia.

—Vamos a ver —condescendía Justiniano—, ¿dónde le oíste tocar a tu tío eso que dices?

—Aquí mismo. En este mismo piano y en esta misma habitación. Cuando yo vivía en esta casa, por lo de la sarna. Lo juro. A finales del verano del 38. Lo juro por mi madre.

¿De qué sarna hablas? —preguntaba el tío Juan Gabriel.

—Pero en el verano del 38 hacía ya meses que tú, Juan Gabriel, te habías pasado a la zona nacional... —dictaminaba Justiniano, dando por terminada la pesquisa.

—¿Puede ser esto? —y Mucius Scaevola me dedicaba unos compases.

No, no, Mucius, no es eso. Acuérdate, tío, que, mientras Balbina desinfectaba la bañera, tú te venías aquí a tocar el piano. Además, te pregunté entonces y tú dijiste que el compositor había sido un italiano golfo.

—Pues ahora sí que vaya usted a saber... —suspiraba Justiano— Por cierto, ¿quién era Balbina? El tío Juan Gabriel le secreteaba unas palabras y Justiniano reía. El piano súbitamente se encanallaba y, con ademanes feminoides, entonaba Justiniano las voluptuosas sensaciones que acometen después del baño con el perfume de un cigarrillo. Más tarde, mientras la flauta y el piano caían en un silencio depresivo y Mucius Scaevola triscaba en el violín por paisajes instantáneos, yo iba recuperando ánimos para recobrar, mediante una música que cada vez me importaba menos, unos instantes de un verano remoto.

—Disculpa, Mucius.

—¿Qué, ya te vas acordando de algo más?

—No, todavía no. Pero, ¿qué era lo que has tocado hace un rato para ver si era por casualidad lo del italiano golfo?

Mucius Scaevola interrumpía sus caprichosas divagaciones y, tras unos momentos de concentración, arrancaba impecablemente de nuevo, anunciándome:

—*La Ritirata de Madrid*.

—Jamás he dicho —decía el tío Juan Gabriel, sustituyendo el ensimismamiento por su arraigada afición a las cominerías de la historia de la música —que Bocherini fuera un golfo. Todo lo contrario.

—Yo, la verdad, es que nunca consigo distinguir entre Bocherini, Donizetti, Cherubini y Scarlatti, que, encima, parece que era más de uno.

Eso te pasa, Justiniano —aclaraba el tío Juan Gabriel—, porque Bocherini y Domenico Scarlatti fueron, los dos, funcionarios de aquellos Borbones degenerados, en una España que dimitía de su esencial unidad y que se regodeaba en los localismos coloristas. Por cierto, ayer, o anteayer, decía en *Arriba* don Eugenio D'Ors que la música de alta calidad opta por la diversidad de la base nacionalista con la cauta discreción que en una mesa refinada utilizasen los aliños plebeyos.

—Coñe... Nunca se me habría ocurrido.

—¿Estás seguro, Mucius, de que lo que estás tocando se llama *La Ritirata de Madrid*?

Los ojos de Mucius Scaevola, cerrándose, asentían.

Durante las próximas semanas, en la soledad del despacho o en la obscuridad de la alcoba, renunciaba a la búsqueda del pasaje olvidado y, con la perfección de las interpretaciones mentales, me repetía hasta desfigurarle aquel solemne himno de la derrota. Así se incorporaba y para siempre (como tantas otras imágenes inspiradas por la música) a mi iconografía mítica la imagen del ejército republicano atravesando los pirineos de la sierra de Guadarrama, para en su ladera norte dejar caer, ya en tierra francesa, las armas.

Ayudándome de la música para desfigurar unas ocasiones cuya realidad me dañaba demasiado, a las sensaciones de algo ajeno y enemigo que la música (hasta cuando me conmovía o me intrigaba) despertaba en mí desde que por primera vez la escuché en el cuarto de los trastos, se unía ahora la utilización de la música como un elemento compensador (tal que en el cine, pero estáticamente) de la confusión. En los equívocos diarios y crecientemente barrocos en los que intervenían irracionalmente los muslos de Balbina, las risas obscenas del piano y la flauta, la guerra, la muerte de la abuela, el olvido y la necesidad de venganza, la grandeza de *La Ritirata* contribuía a arrancar del caos el cuadro de un ejército que se aleja por

las calles en retirada hacia las montañas. Allí, al menos, en la falsedad, encontraba yo alivio y, lo que era más decisivo, una vez recreada por mí, me encontraba justificado para aceptar la derrota y, arrojando el lastre de mi vida anterior, autorizado para empezar a vivir exento de lo que hasta entonces había amado y defendido.

Comencé a comprender aquellas fatigas y aquellos hastíos que, repentinamente, obligaban al tío Juan Gabriel y a Justiniano (incluso a Mucius Scaevola) a pasar casi sin solución de continuidad de Brahms al fado marchiña de *La hechicera en palacio*. Y a comprender mucho más a Balbina, para quien la música se reducía exclusivamente a aquellas placas de setenta y ocho revoluciones por minuto que, en mis encierros del cuarto trastero, me había ofrecido como la única música útil, no como una coartada. Si aquel misterio se resolvía en su natural fugacidad, ¿a qué conducía penetrarlo (o escalarlo), si no era nada? Salvo que mixtificase su ausencia de significados, los efectos sobre mi emotividad (a diferencia de la pintura y de la literatura) no habrían de ser muy distintos así escuchase *La Ritirata o*, en el gramófono de la tía abuela, la serenata de *Molinos de viento en la voz del barítono Ernesto Hervás*. El secreto de la música residía en que era muda.

Sin embargo, a los pocos días dudaba ya de que el misterio de la música consistiese en que conocerlo o ignorarlo resultaba indiferente para quien la escuchaba. Y es que no quería arrojar fuera de mi vida ni a la abuela, ni a la derrota, sino aprender a vivir soportando la maraña de los recuerdos. *La Ritirata* dejaba de ser el réquiem de los vencidos y se transformaba en la acompasada marcha de quienes han asumido la catástrofe y esperan un día regresar triunfantes. Bastaba variar la alternancia de los *crescendi* para que *La Ritirata* sonase como una marcha triunfal, igual que bastaba con imaginar inmensas y rojas las banderas victoriosas del himno falangista para que su música sonase hermosísima, o simplemente bonita, como le sonaba a Balbina en plena guerra. Había, por lo tanto, que escalar (y horadar) aquel himalaya sabiendo que las rocas de sus laderas se sustentaban en el fango de las ilusorias utilidades o de la esperanza.

Debía reprimir la impaciencia y persistir tercamente en el conocimiento de aquel arte para el que no estaba dotado y que, obnubilándome, generaba, a mi pesar y como ningún otro arte, un deleznable sentimentalismo. Me empeñaba en imaginar que en algún momento la música (y no precisamente la que cantaba el barítono Hervás) me orientaría en el laberinto y que quizá el esfuerzo de comprenderla y la vergüenza que sentía al escucharla me recompensarían en el futuro con una sabiduría de rara embriaguez, como la que presentía que alcanzan los ajedrecistas o los toreros. Emprendía de nuevo la pesquisa erudita.

No canses a tu tío Juan Gabriel que tiene mucho que estudiar.

—Pero tía, si a él le descansa ponerse al piano...

Sí, en eso tienes razón. Desde muy niño, sin que supiésemos por qué, Juan Gabriel fue muy filarmónico.

El tío condescendía a recordar en ayuda de mi memoria y ejecutaba fragmentos de su repertorio italiano. Pronto necesitaba variar, emprendía con tesón un vals de Chopin y, envalentonado, abría la partitura de la *Hammerklavier*, esa sonata de Beethoven que nunca llegaría a someter, para acabar, como quien se despoja de una máscara, con una versión a ritmo de fox del vals de Chopin que había abierto el recital. Se levantaba del taburete, cerraba con llave la tapa del teclado y se marchaba a dormir la siesta.

Probablemente era agosto ya, porque el calor venía durando demasiado. Yo me adormilaba sobre el tablero de dibujo del tío Honorio, calculando cuánta tarde quedaba aún por transcurrir, cuánto verano aún hasta que mis padres, el abuelo y Balbina regresasen de San Sebastián, qué pocas semanas para volver al internado.

No era fácil en aquellos días conseguir que el tío Juan Gabriel tocase el piano después de la comida, ya que, sin Mucius Scaevola y sin Justiniano, se estaba aficionando a las siestas desmedidas. Mucius Scaevola debía acudir a las cinco al consultorio de venéreas donde le curaban una despiadada blenorragia, de cuyas curas no se recuperaba antes de las ocho, hora de encontrarse ya con Juan Gabriel para verle beber coñac. Justiniano había sufrido tal

conmoción a causa de las purgaciones de Mucius Scaevola, transmitidas por la misma pupila a la que él había ocupado quince minutos antes, que había determinado abandonar las oposiciones, la música, las amistades y las mancebías, presa de una violenta vocación sacerdotal. Cuando le telefoneaban contestaba con jaculatorias y, según el tío Juan Gabriel, Mucius Scaevola le instaba a que con sus oraciones acelerase los efectos del permanganato contra al flujo de moco, aunque, según Mucius Scaevola, él se limitaba a recomendar a Justiniano prudencia laica, que se le estaba atiplando la voz.

Los denodados esfuerzos para avanzar en la *Hammerklavier* cesaron y mi estancia en el cuarto de dibujo ante el piano cerrado dejó de tener objeto. Nada más comer me instalaba en el despacho y, a cambio, la tía abuela Dominica me permitía salir a las ocho, en compañía del tío Juan Gabriel, si él accedía, o a dar un paseo solitario por las polvorientas calles, que el crepúsculo agobiaba de bochorno. Para sorpresa mía, comencé a sentir necesidad de escuchar música. Al comedor, tabernáculo del receptor de radio, estaba prohibida la entrada hasta el momento de la cena y, después de ésta, los mayores siempre elegían programas mostrencos. Mientras llegaba el sueño, imaginaba en la cama que sabía tocar el piano e interpretaba en mi propio beneficio impecables recitales, incluido Liszt al que ignoraban el tío y el trío.

Una cualquiera de aquellas tardes, infectadas de inquietud y de desgana, aparecí por la sala de costura de la tía Dominica, donde su alrededor movían la aguja María, la costurera, las dos criadas que aún resistían los asaltos de mis tíos y todavía no habían sido despedidas, y doña Adelita, la viuda del cuarto piso. Conocedor de la etiqueta que regía aquella representación en cuadro vivo de *Las Hilanderas*, saludé a doña Adelita y a María, respondí sobre el estado de mis estudios y me interesé por la salud de la viuda, solicité permiso de la tía abuela para acompañarlas y, concedido gustosamente, ocupé la histórica silla de campaña del tío Javier junto al abierto balcón. Por el balcón entraba a aquella hora la milagrosa sensación de frescura, que producía Fausto regando el jardín de la floristería. Olía a tierra mojada y removida, de vez en cuando se oía hablar a Fausto con su mujer, alguna de las mujeres suspiraba y María cada tanto se asombraba de la duración de las tardes de verano, que hacían innecesaria la luz eléctrica.

Sin previo aviso, alguna de ellas rompía el silencio y las demás comenzaban a hablar al unísono, en contrapunto, hasta que la tía abuela pedía formalidad y calmaba el guirigay. Para aquella época ya había superado yo los reparos de conciencia de sentirme atraído por doña Adelita, una señora de patente honestidad, como la hermana menor, según ellas decían, de la tía abuela, y que tenía no menos de cuarenta años. Sin apenas escuchar lo que chachareaban o, cuando cosían en silencio, defendiéndome con ojeadas al jardín de Fausto, componía una expresión de bobo y abandonaba la mirada en la carne cremosa de los brazos de doña Adelita, incluso en su rostro meticulosamente maquillado. A veces, mi mirada era capturada por la suya y ella, a su vez, me sonreía bobaliconamente. Las noches en que el recuerdo de la Concha o los proyectos para cuando Balbina regresase me asfixiaban, fabulaba intrincadas gorrinerías con una doña Adelita embravecida, lo que me producía una deliciosa sensación de culpabilidad y riesgo al encontrar la tarde siguiente a la doña Adelita real en la sala de costura.

Aunque así era denominada ordinariamente, la sala de costura, constituía, como la tía subrayaba en ocasiones, el gabinete de recibir a los íntimos de la tía abuela Dominica. En aquella habitación del fondo de la casa, medianera con el cuarto trastero, la tía abuela acumulaba comineros tesoros, entre los que destacaba, incrustado en un mueble de madera rojiza con un espacio compartimentado para los discos que se cerraba mediante una puerta de persiana, el gramófono. No en aquél, sino en otro de bocina arrumbado en el cuarto de los trastos, Balbina había aliviado mis soledades de niño sarnoso con tangos de Gardel, con el coro de las segadoras de *La rosa del azafrán*, con toda la pequeña música previa a la música gigantesca e incomprensible, que habría de descubrirme el piano del tío Juan Gabriel. Únicamente, por lo tanto, tuve yo que aprovechar uno de los taciturnos silencios que ensombrecían la sala de costura para proponer:

—Tía Dominica, ¿les gustaría a ustedes que les pusiese unos discos?

La propuesta, apoyada jubilosamente por el servicio y con la anuencia condescendiente de doña Adelita, fue autorizada, bajo la condición de que limpiase con la gamuza cada placa antes y después de su audición, de que no desordenase el musiquero (como, impropriamente, según el tío Juan Gabriel, denominaba la tía abuela al mueble del gramófono), de que ninguna placa se guardase sin introducirla en su funda de papel y de que, por supuesto, cambiase la aguja cada cuatro o cinco composiciones.

—¿Qué le apetece oír a usted, doña Adelita?

—Uy, hijo qué compromiso... Es muy cortés por tu parte, pero, la verdad, una lleva siglos sin escuchar música. Primero, por el luto, claro. Y luego, porque una se acostumbre a no oírla y ya no se lo pide el cuerpo.

—Pues tu Sergio, que Dios tenga en su gloria, bien que disfrutaba el pobre en el Retiro con los conciertos de la banda municipal. Llamaba a la puerta algunos domingos y me decía: Dominica, avíate, que en diez minutos bajamos a recogerte Adelita y yo para llevarte al Retiro al concierto de la banda municipal. Y allá nos íbamos los tres y el pobre de tu Sergio, tan sensible como era, tan caballero, se pasaba todo el santo concierto escuchando a la banda. ¡Ay señor!, qué domingos aquéllos de la banda municipal...

Doña Adelita me miraba a los ojos con sus ojos repentinamente humedecidos. Yo sonreía angelicalmente.

—Anda guapo, ya que me das a elegir a mí la pieza, pon *Las campanas de Saint Malo*.

Así, en el intervalo blenorragico de aquel verano, se hizo costumbre que, a la caída de la tarde, acudiese yo a la sala de costura y, a solicitud de las oyentes, manipulase en el gramófono un concierto de previsible factura. Con independencia de su calidad (como no era el caso con las novelas de Pereda o con *Jura de Fernando VII como Príncipe de Asturias*, de Paret), aquella música podía llegar a provocarme idéntica (si no más) morbidez emocional que una sonatina romántica ejecutada por el trío y, en el peor de los casos, calmaba, al menos, mi necesidad de escuchar. Por añadidura, el aire limpio que subía del jardín de Fausto y las potentes piernas de doña Adelita, ceñidas por unas medias brillantes, contribuían a la pegajosa turbación de aquellos anocheceres.

—Pon ahora la romanza gitana de *Alma de Dios* —decidía la tía abuela Dominica y al instante sonaba la canción húngara de *Alma de Dios*, cantada por el señor Sagi-Barba y coro, a cuyas respectivas intervenciones se sumaban en sordina las voces de doña Adelita y de la tía abuela.

—Ahora que diga María lo que vamos a oír.

—Lo del ruiseñor —ordenaba María sin titubeos y sin cesar de respuntar velozmente, salvo en el tercio final del *Canto del ruiseñor, impresionado al natural*, cuando levantaba el rostro de la camisa del tío Guillermo hacia la luminosidad dorada del bosque donde el ruiseñor trinaba sobre el ruido de fondo de los castigados surcos.

—Ay, señora, es que me da no sé qué... Lo que la señora mande.

—No me vengas con melindres, Patro, y dile al señorito qué pieza eliges.

—Pues, ésa de *La reina del cine* —pedía Patro riendo alocadamente; y *La reina del cine*, de Gilbert, sacudía las rancias paredes de la sala de costura.

—A mí estas modernidades, ¿qué quieres?, me suenan a música de negros.

—Con toda razón y fundamento, Dominica —apoyaba doña Adelita, mientras a la Patro se le iban los pies—. Oye, para cuando quiten la de romanos y leones, en el *Bilbao* tienen anunciada la de Merle Oberon.

—Y ¿cuándo escapo yo, Adelita, de esta esclavitud de hijos? Para cines estoy..., que sólo yo sé lo que daría por encontrarles en tales tiempos una buena camada de mujeres de su casa. Por Dios, ¡qué estridencia y qué barullo, Patro!

Pero a continuación la compañera de Patro (¿Teresa?, ¿Doro?) restauraba la música de blancos, solicitando *Ay, Benito*, couplet cantado por La Goya. Y así iban transcurriendo aquellas veladas hasta que era hora de preparar la cena. Las muchachas, al irse a la cocina,

encendían la luz eléctrica y, poco después, María recogía la labor y la tía abuela salía a despedir a doña Adelita. Apagaba la luz y me quedaba aún en la sala de costura, acodado en el balcón sobre el jardín de Fausto, que olía más en la obscuridad de la noche y cuyo silencio me sosegaba, me devolvía a la apacible tristeza de vivir. Más tarde, la voz de Teresa (o de Patro o de Eulogia) me convocaba al comedor y, mientras la, voz se preguntaba dónde estaría yo, por unos instantes me preguntaba yo lo mismo, regresando de los nocturnos de la memoria y los temores.

También las oyentes de la sala de costura terminaban por saciarse de música y, sobre las repetidas murgas que escuchábamos tarde tras tarde, brotaba espontáneamente el torrente de su charloteo entrecruzado, regido sólo por las asociaciones verbales.

Cuando descubría que la música seguía sonando, alguna, por guardar un hipócrita respeto hacia las formas artísticas, me pedía que sustituyese la serenata de *Molinos de viento*, en la voz del sempiterno barítono Ernesto Hervás, por la voz de Ricardo Calvo declamando *Marcha triunfal*, de Rubén Darío, o por las voces de Ricardo Calvo y Lola Velázquez en *¡Escríbeme una carta, señor cura!*, del siempre bien recibido Campoamor.

Yo suponía en aquellas cinco mujeres la misma inconfesada vergüenza (una especie de asombro escandalizado) que me producía una voz humana cantando. Sin embargo, apenas si me detenía a analizar aquel rechazo instintivo por el canto. Enardecido a mi vez por la sonoridad retumbante del recitador que había sucedido a las vocalizaciones del barítono, sospechaba que la música y la poesía (por accesible que ésta me hubiese parecido hasta entonces) eran, bajo diferencias engañosas, el mismo arte. La diferencia esencial es que una se me aparecía como una montaña inescalable e impenetrable, mientras la otra constituía mi secreta vocación y mi vergonzante oficio. Poco a poco, en los estertores de aquel verano (que fue quizá el del desembarco en Sicilia) o durante mis siguientes veranos de estudiantón contumazmente abocado a septiembre, la sospecha se fue haciendo certeza.

Fui reservando para los momentos de arrebatadora inspiración la creación poética sobre las rayadas hojas arrancadas de los cuadernos escolares. La idéntica naturaleza de la música y de la poesía me infligía dolorosísimas heridas, esa herida atroz (que, por mucho que vivamos, nunca cicatriza completamente) de descubrir que el mundo no es el lugar comfortable que habíamos imaginado.

En el helado salón de estudio del internado, durante las sudorosas tardes en el despacho, cada vez me parecían más detestables, contrahechos y estúpidos (como el clarinete de Justiniano cuando, fatigado y aburrido, pasaba de Mozart al maestro Alonso) mis versos. Leía con mayor fruición los poemas que, hasta hacía poco, había creído fácilmente imitables. Me odiaba y odiaba la inaccesibilidad de la poesía. Cargado de ímpetu, con voluntad de artesano, me engañaba durante unas semanas. Inútilmente. Pronto (y tuviesen o no la misma naturaleza aquellas dos artes) me encontraba frente a un espejo, que reflejaba mi imagen peleando por conseguir un soneto y que congruentemente me devolvía la imagen del tío Juan Gabriel en lucha con la partitura de la *Hammerklavier*. Así, en un día de aquellos destartados y traslúcidos, renuncié, me resigné a la prosa.

Igual que veía reconstruir mi barrio con sus propios escombros, comenzaba a construir mi vida con los cascotes de las renunciadas. Inerme y altanero, tanteando en la obscuridad y extraviándome el resplandor de las hogueras de las súbitas revelaciones, ninguna decisión duraba más de un mes, ningún descubrimiento conservaba su lozanía, ningún proyecto llegaba a realizarse. No obstante, el edificio se iba alzando, construido en su mayor parte (y yo lo sabía) con materiales de derribo. La formación de mi carácter (o de mi espíritu, como yo creía entonces) era independiente, por supuesto, de que la percibiese o no, pero fundamentalmente el proceso se desarrollaba sin que yo tuviese noticia verdadera de lo que estaba sucediendo fuera de mí.

¿Adiviné que la fuente de la poesía, que mi sed de vivir entonces dejaba seca, años después, aplacada aquella sed, se convertiría en una fuente inagotable y en cuyo sonido radicaría su finalidad? Ignoraba que muchas experiencias, que daba por conocidas y

canceladas, habría de volverlas a conocer de nuevo, me parecerían otras, como irreconocibles me habrían de resultar mucho tiempo más tarde *La Ritirata* o las *Sonatas para piano y violín* de la opus 30, de Beethoven, toda aquella música falseada por el trío de los opositores a notarías. Y es que, en aquel mundo desordenado y equívoco, mis ilusorias exigencias y mis erróneas atribuciones, contribuyendo a confundir aún más la realidad, me hacían vivir en balde.

Mucho tiempo habría de pasar también para que la figura del poeta perdiese la excepcionalidad sobrehumana que poseía en mi fantasmagórico universo. Por entonces, solía detenerme, nada más salir del portal de la tía abuela, ante el catedralicio portal de la casa de Manuel Machado. A pesar de que no sólo leía y memorizaba sus poemas sino que los sabía descifrar, pensaba que allí vivía un músico. Más tarde, cuando me viese obligado a burocratizar el mundo, Manuel Machado sería adecuadamente reclasificado en su gremio, incluso su figura paseando por los bulevares o la glorieta recuperaría la dimensión real, que entonces no tuvo. Con todo, después de arrancar las costras mitológicas, habría de perdurar incólume en mis recuerdos la gigantesca pomposidad de aquel portal, su enormidad, que reclamaba música de órgano.

Pero si la imaginación me ayudaba contra la realidad y su insidiosa prepotencia, el descuido me preservaba aún más de ella. Así como tardaría medio siglo en ver, de repente (después de haber recorrido en cientos de ocasiones esa calle), que la iglesia de Santa Cruz cierra la perspectiva de la calle de Hortaleza, habría de morir mi padre, y luego el tío Javier, para que una avalancha de intuiciones, de ecos, de dispersas señales, me obligase a sospechar, de pronto, sobre la naturaleza de los tratos que mi padre había mantenido durante aquellas entrevistas nocturnas con un tío Javier que emergía en pleno Madrid republicano de las alcantarillas. Ya era tarde para reparar la inadvertencia que había durado lustros y únicamente podía yo, invirtiendo el reloj de arena, recurrir a la imaginación compulsiva de mi adolescencia para llenar afantasmadamente aquella página en blanco.

Otros acontecimientos tardaron menos años en revelarse y la tarea de rehabilitar la parte del edificio, construida por el descuido y derruida por la evidencia tardía, sólo comportaba, una vez más, la aceptación de haber vivido engañado por las apariencias. A ese rencor de la ingenuidad engañada ya me había habituado en los últimos veranos del bachillerato y, quizá aún más, en los siguientes, que continuaba pasándolos en casa de la tía abuela Dominica y en los que, además de con un concierto a la hora de la siesta, el trío me ilustraba con su ciencia jurídica de inminentes notarios.

Más o menos fue por entonces (pero ¿en qué año exactamente?) cuando los tres, con la contundente recomendación del tío Javier, sacaron plaza en una de las oposiciones patrióticas al imperio notarial. Instantáneamente abandonaron los instrumentos musicales, como desprendiéndose de la capa y la pandereta de la tuna para revestir la toga. Ya había terminado probablemente la guerra mundial o estaba a punto de ser bombardeada Hiroshima. Pero quizá fue un año más tarde o un año antes, en todo caso hacia aquella primavera en que mis padres salían todas las noches y Balbina, dichosamente inerte para mí, se preguntaba noche tras noche por el destino del tío Juan Gabriel.

Aunque durante el día me irritaba el amartelamiento de mis padres, nada más retirarme a mi cuarto después de la cena auscultaba ansiosamente los ruidos de la casa a la espera de que, el abuelo instalado en su cama, Balbina cerrando los grifos de la cocina y mi madre entrando y saliendo del cuarto de baño, por fin partiesen mis padres. Abandonaba el libro precavidamente abierto y, refrenando mi impaciencia para darle tiempo a que se pusiese el camisón, atravesaba la casa en tinieblas y, al cabo de una eternidad, entraba en su dormitorio. En aquel tiempo ya no solía rechazar mi intrusión por motivos caprichosos. Incluso algunas noches, mientras sentada en la cama Balbina hacía punto, ponía yo más generosidad que rutina en mis caricias. Tendido a su lado pero siempre sobre la colcha, hablábamos con la intimidad que ninguno de los dos teníamos con ninguna otra persona, con la diferencia de que

Balbina contaba sin ambages los fracasos con sus novios y yo fabulaba historietas, que a veces ella creía y a veces servían para excitarla.

Siempre me había preguntado por el tío Juan Gabriel. Pero en aquella feliz primavera de un año incierto ya no eran los virtuosismos musicales su principal núcleo de interés. Abandonando las agujas de punto, con la expresión ausente y una crispada sonrisa, se preguntaba (y me preguntaba) por el futuro del reciente notario y dimitido pianista. Dejando fluir una conversación que sólo ella dirigía, la audacia de mis manos no encontraba obstáculos y algunas noches lograba yo retirar la colcha y la sábana, y acariciar aquel cuerpo (amado por el uso desde mi infancia) hasta la saciedad.

—Se casará. Ahora ya no tiene excusa; ya lo verás. La que de todas todas sale ganando es su madre, que se libra de uno. Y de los peores, aunque no hay ninguno bueno en esa casa. Eso sí, le van a echar en falta. En cuanto se instale en el pueblo al que le envían y se case con la maestra, o con la rica del pueblo, manda a pedir el piano y ya ni piano les va a quedar. ¿Te acuerdas de cuando la guerra, que nos enseñó a ti y a mí los cánticos fascistas, cuando en Madrid entonces nadie los sabía? Que no se te olvide. Había veces que no se daba cuenta de que tú y yo le estábamos oyendo y qué cosas, madre, qué cosas más preciosas tocaba... Le sacaba al piano una pura divinidad. Y luego, claro, tú y yo oíamos en las placas a Angelillo o pobre gorrioncillo / qué pena me ha dado...

—.../ se lo llevan preso/ mi vida/ por enamorado.

—... y ni tú, ni yo, llorábamos ya de emoción. Qué cabrito... De tan cabrito que ha sido siempre nos quitó la emoción. Eso no se lo perdono. Y es que ha vivido amargado de tener que vivir de su madre, sin alegría de la verdadera, sin dejarnos que los demás tuviésemos alegría. No se lo perdono. Lo mismo, fíjate lo que te digo, lo mismo, ahora que va a ganar el dinero a espuestas, no por lo que sabe hacer sino por lo que le han mandado que haga, no se casa y escapa un sábado sí y otro no de mujeres a la capital. Ya va siendo viejo para quitarse de encima tantos vicios malos como lleva dentro, el gusto de pagarlas y salir de estampida, fíjate lo que te digo, yo creo que otro gusto no tiene. Pero así se deje cazar o no el muy camastrón de él por la rica del pueblo, o por la hija del alcalde, o por la maestra, ya verás cómo van a notar que no está, que ya ni siquiera suena un poco de música por los pasillos de la casa de tu tía abuela, lo peor que jamás he conocido, peor que la propia guerra, más peor que el hambre y los sabañones. Hay veces en San Sebastián que sin venir a qué me acuerdo que estás viviendo allí, entre ellos, con esa bruja que es la culpable mayor, y te juro que me entra la congoja. Si me acuerdo, antes de dormirme rezo para no soñar con aquellas habitaciones. A ver si este año estudias y apruebas todas; hasta el Civil, y te vienes a San Sebastián. Tengo ganas de ver al Nacho. Lo que es la vida..., ahora que parece que ando mejor con Sebas, ya ves, me entran ganas del Nacho. Y como me acuerdo bien, pero muy requetebién, de los tantísimos años que pasé allí, me alegro que se lleve el piano y se queden solos con la mugre y las manías y esa luz de invierno, que allí hasta en verano hay luz de invierno, o de hospicio. La culpable es ella, que parió hijos a mansalva sin percatarse de que sólo estaba hecha para madre de uno. ¿Cómo sería tu tío abuelo? Anda, corazón, deja de sobar, que no quiero calentarme esta noche.

Pero probablemente aquella noche, o la anterior, o unas noches más tarde, ya había dejado de acariciar su carne cuando me lo pedía. Puede que ya ni la escuchase o que la escuchase a ratos, hasta que se quedaba dormida hablando, y yo, después de rozar con mis labios sus labios entreabiertos, vagaba entre las tinieblas de la casa. En mi cuarto cerraba los libros, apagaba la lámpara, me desnudaba. Ahora, guiado por la parpadeante luz de los recuerdos, seguía vagabundeando por el tiempo de aquel verano de la sarna y, con una cuidadosa habilidad de arqueólogo, desempolvaba restos desatendidos, o erróneamente valorados, reinterpretaba, catalogaba, comprendía. A punto de llegar a la revelación, me negaba a proseguir. No quería pensar más allá; me negaba, sobre todo, a descubrir que quizá el tío Juan Gabriel y yo no fuésemos tan distintos, como yo siempre había creído a pesar de la sangre común. Para no perder la devoción por el cuerpo de Balbina, uno de mis pocos sentimientos

auténticos, el recuerdo se desviaba hacia otros yacimientos ya excavados y distraía el dolor incipiente repasando hallazgos que, ahora ya en las vitrinas del museo de la memoria, parecía pueril que me hubieran herido.

Por ejemplo, en el cuarto de dibujo, del tío Honorio y durante una tarde calurosa más, ejecutaban con firmeza y jocunda brillantez las variaciones para trío sobre el tema *Yo soy el sastré Kadakú*, de Beethoven, en funciones de violonchelo el clarinete de Justiniano. Ninguno de los tres recordaba las semanas de una blenorragia inspiradora de una vocación religiosa, aunque tales avatares quizá habrían sucedido en el último verano. Para mí también quedaba lejos aquel último verano y, agraciado por la amnesia de los períodos dichosos, en aquellos días de un verano peculiar sólo la impaciencia por la llegada del crepúsculo ocupaba mis horas.

Curiosamente estudiaba sin que me distrajesen melancolías, ni proyectos. Es más, la segunda parte de la tarde, desde el término del recital hasta mi incorporación a la tertulia de las hilanderas, transcurría en la soledad del despacho con pasmosa rapidez. Apuraba hasta el final de la página y, pasando antes por el cuarto de baño, con calculado retraso y ostentosa indiferencia entraba calmadamente en la sala de costura, hediendo a agua de colonia y con un peinado petrificado por el fijador.

Mientras en el cuarto de dibujo temía que en cualquier instante se desmoronase la estructura de cristal de las Variaciones Kadakú, o de un trío de Haydn o una balada de Brahms, no pensaba nunca, sin dejar de pensar en que ya faltaba menos, en la especie de música que aquel atardecer habría de animar la velada en la sala de costura. Apenas se utilizaba el gramófono, ni siquiera las tardes en que Justiniano faltaba a la tertulia. Incluso cuando asistía Justiniano, convertido casi desde su aparición en el gallo de la sala de costura, raramente daba ya la matraca solista con la flauta o con el clarinete. Era patente que las costureras preferían la conversación a la armonía y que a Justiniano, una vez conseguida su entronización, le resultaba más descansado el palique que la ejecución de estudios más admirados que gustados por la concurrencia. Lo cierto es que yo había dejado de interesarme por la ambientación musical de la conversación y por la misma conversación.

Sentado junto al balcón en la silla de campaña del tío Javier, únicamente prestaba atención al juego de las miradas y, aún así, con reservas, porque la experiencia me demostraba que equivocaba con demasiada frecuencia la cara fastuosa o nefasta de la suerte en la ruleta de los ojos de doña Adelita. Me abandonaba al azar de la última puesta, ya que la realidad acababa imponiendo, por causas imprevisibles, que doña Adelita fuese acompañada hasta el recibidor por la tía abuela y por Justiniano, o por la tía abuela, o por ninguno de los dos, permitiéndome entonces hacer de paje hasta el rellano de la escalera y, en noches excepcionales, hasta el rellano superior frente a la puerta de la casa de mi dama.

Cada vez más, por tanto, me había ido reduciendo a una presencia pasiva junto al balcón. Justiniano no sólo había acabado con mi monopolio masculino, sino que, las tardes en que se decidía escuchar algún disco, incluso era él quien manejaba el gramófono, sin que se le exigiesen los cuidados que a mí me exigía la tía abuela y, por supuesto, permitiéndole cambiar la aguja a su antojo. No obstante, agazapado a la espera de que un conjunto de ingobernables circunstancias premiasen mi mansedumbre, mi deseo ardía permanentemente en la atmósfera sofocante de la sala de costura, oreada por las intermitentes ráfagas de humedad que subían desde el jardín de Fausto, como abanicazos de optimismo.

¿Cuándo había rozado por primera vez con fingida torpeza un brazo de doña Adelita? ¿Cuánto había durado aquella pantomima de roces involuntarios durante el trayecto por el pasillo hasta el recibidor, a espaldas de la tía abuela Dominica? Recordaba con rabiosa precisión el primer gesto de consentimiento en el rostro maquillado, su primera mueca de lascivia incontrolada, mi osadía, revestida de buenos modales, la primera noche que la acompañé hasta su piso. Pero ¿desde cuándo duraban ya aquellos manoseos, en silencio, aquella risa contenida de doña Adelita, aquellos jadeos más asmáticos que lúbricos? No quería que terminase, pero sentía el peso de la costumbre y la falta de progresos de mis

enfurecidas manos. Había dejado de coger a puñados la carne cremosa y resbaladiza; parecía, cuando le acariciaba las corvas de las rodillas durante los dos tramos de escalera, que hubiesen vuelto las primitivas ocasiones de las caricias hipócritas. También en las alamedas de mis pasiones idealizadas, aquellos repetitivos encuentros perdían intensidad. Una noche; creyéndome más aceptado que de costumbre y, al levantar su falda, mis manos subiendo por sus muslos, recibí inesperadamente una bofetada.

—Pero tú, ¿por quién me has tomado, jovencito? —Por una puta, señora —contesté irreflexivamente.

Sin embargo, cuando echaba atrás la cabeza precaviéndome de una segunda bofetada, sus manos me sujetaron por las sienes y recibí el único contacto con aquella boca que recibiría a lo largo de nuestra arrinconada pasión, una succión pulposa y mojada, galvanizante. Todo continuaría igual al día siguiente y en los siguientes tiempos, salvo la frecuencia de aquellos abrazos, como colisiones, en la penumbra del pasillo o de la escalera, que aún se hicieron más esporádicos cuando, aprobadas las oposiciones patrióticas y oficializado el noviazgo, Justiniano no faltaba una sola tarde y los prometidos abandonaban juntos la tertulia, a veces con rumbo hacia algún cine del barrio, siempre chaperonados por la tía abuela Dominica.

Nunca se me ocurrió su posibilidad, ni jamás percibí el idilio, que estaba siendo concebido y empollado en las cálidas veladas durante las que yo creía ganar o perder mi apuesta, a tenor de las miradas de una doña Adelita que jugaba su apuesta principal a otro paño. ¿Cómo podría haberlo descubierto yo, si, conforme crecía en edad y gobierno, despreciaba más a Justiniano, olvidaba su presencia, me sentía superior al trío y a sus éxitos? Mi futuro, cuando en ello pensaba, aparecía como una masa de nubes violáceas y aturbonadas, pero, en comparación con el futuro de los tres recientes notarios, se abría en un azul resplandeciente. Y, efectivamente, mis pronósticos, basados en las inclemencias y los desengaños, pronto irían confirmando que sus vidas para siempre habrían de quedar resguardadas por las templanzas de la mediocridad.

Paulatinamente se iban produciendo transformaciones, cuyas causas yo no había advertido o cuyos efectos, al producirse, no me conmovían. Llegó un verano en que ya no vivía en casa de la tía abuela. Antes, había transcurrido algún otro durante el que, en la casa sin música vaticinada por Balbina, las horas de la siesta eran ocupadas por los ataques epilépticos del tío Andrés o por la guardia (remunerada) ante la puerta del dormitorio del tío Tadeo y de la inminente tía Edurne, que se concedían anticipos de felicidad, o por clandestinas conversaciones con el tío Marcelino, retornando al hogar materno después de que la tía Chales hubiese abandonado el conyugal y él se encontrase empapelado por un Tribunal de Honor. Cuando algún domingo de invierno recaía por allí y, sentado junto a la estufa eléctrica en la silla de campaña del tío Javier, escuchaba el soliloquio de la tía abuela Dominica, me asombraba, como a Balbina, haber vivido en aquella casa, haber experimentado en aquella casa los primeros encontronazos contra la música, pero, fundamentalmente me asombraba guardar recuerdos de momentos dichosos allí vividos.

Justiniano, más dedicado a la administración de los bienes de Adelita que a la notaría, había regalado la flauta a Mucius Scaevola. A la tía abuela se le llenaba la boca de decenas de millar, pormenorizándome los acrecentamientos de la fortuna de su amiga, que en unos años la vería aumentada con la pensión de viudedad, en los tiempos en que ya había muerto también la tía abuela y la doble viuda, de vuelta al piso de su difunto Sergio, apenas mantenía relaciones con los desechos del naufragio que si mantenían en las ruinas del piso inferior. El tío Juan Gabriel sólo cambiaba de destino, cuando que daba vacante la notaría de un pueblo con río más: truchero, y a cada traslado resucitaba su intención de recuperar el piano del cuarto de dibujo del tío Honorio, donde permanecía cerrado con llave.

La tía abuela nunca perdonó a Mucius Scaevola; que, al año de ejercicio notarial, pidiese la excedencia y, recuperando el barrio de los bulevares y la glorieta, en pocos meses ganase plaza en unas oposiciones a taquimecanógrafos de un Ministerio. Poco podía yo informar a la tía abuela, cuando me preguntaba por él, porque apenas le veía, aunque siempre en los bares

de antaño. La tía abuela cerraba los ojos y parecía rezar un responso. Mucho después, cuando ya tenía yo los años que ellos habían tenido en la época de *La Ritirata de Madrid*, volví a tratar con alguna frecuencia a Mucius Scaevola, incluso asistí a sesiones de música de cámara en su viejo piso familiar, llevadas a cabo por unos cuartetos o quintetos de variable ralea y de constante sordidez. Ya sabía entonces probablemente que no habría futuro radiante para mí y la nostalgia de la miseria me empujaba hacia atrás, me impulsaba a atravesar en sentido inverso la sucia niebla de mi adolescencia hacia las mañanas gloriosas de una guerra engañosamente acabada, en la que año tras año yo venía siendo derrotado.

Para corresponder, le invitaba a conciertos, de los que Mucius Scaevola se salía antes de que terminase la primera parte. Cuando le recogía en alguna de las tabernas próximas a la plaza de la Opera, regresábamos callejeando y, apoyado en mi brazo, no era raro que el coñac le pusiese rememorativo, casi locuaz para sus hábitos de silencio. Por lo general, contaba, basada en los mismos hechos que yo recordaba, otra historia, o acontecimientos de los que nunca había tenido yo noticia. No era fácil hacerle hablar de música, quizá porque tenía poco que decir. A cambio, del tío Juan Gabriel y de Justiniano hablaba constantemente y como de dos seres superiores con los que la Fortuna le había concedido compartir los años de juventud.

De pronto, en la barra de un bar se volvía a acordar de la noche en que él había descubierto a qué golfo italiano me refería yo.

Estábamos los cuatro, en la barra, como tú y yo estamos ahora. Y a mí, sin venir a cuento, me vino la inspiración y pegué un grito: ¡Coño, Vivaldi! ¿Te acuerdas?

Sí, Mucius, me acuerdo muy bien.

Estábamos en círculo frente a la barra, debatiendo ellos tres, con las dificultades discursivas de aquella hora tardía, si era sensato que el chico participase de la ronda o se aplazase mi copa hasta la siguiente, preocupado el chico por no olvidar mi *Salustio Alvarado* y *su Castán* en la hornacina donde los había colocado. Bruscamente, Mucius Scaevola se golpeó la frente y gritó:

¡Ya está!

—¿Qué coño está?

Coño, Vivaldi. El chico tenía razón.

—Pero Vivaldi no fue un golfo, coño, sino un sacerdote.

—Y ¿quieres decirme qué coño de Vivaldi hemos tocado nosotros?

—Yo, yo lo toqué, haciendo éste al piano la voz femenina, que quedó como de perra parturienta, tiene razón el chico.

—Pero, ¿cómo se llama la obra, Mucius?

—Y entonces yo te contesté: Se llama *La pastorella sul primo albore*, tenías razón. O sea, que aún te acuerdas, ¿no?

—Claro que sí, Mucius, ¿cómo no voy a acordar me?

Luego, era ya noche cerrada cuando, después de depositar a Mucius Scaevola en el ascensor, regresaba yo por las calles vacías y nada recordaba del concierto que aquella tarde había escuchado. No en balde, en los inicios de una vida infinita, había sido yo iniciado en los arcanos de la belleza por un trío de colosos irrepetible, como mi vida misma.

Carne de chocolate

Como tenía todo el día para pensar —y pensar me adormilaba—, luego, por las noches, dormía como un muerto, sin sueños. Pero algunas madrugadas me despertaban las sirenas y el ruido de los aviones, porque aquella parte de la ciudad, a diferencia del barrio de los abuelos, no había sido declarada zona libre de bombardeos. Oyese o no el estallido de las bombas, los cañonazos, el fragor de los derrumbamientos, algún apagado clamor de voces aterrorizadas, tenía que continuar a oscuras, sin poder recurrir a las novelas de Elena Fortún o de Salgari (las de Verne, a causa de su encuadernación, no me habían permitido sacarlas de casa de los abuelos), sin poder jugar una partida de damas contra mí mismo, sin la posibilidad siquiera de aburrirme con la baraja haciendo solitarios o rascacielos de' dólmenes. Cuando no resistía más, me tiraba de la cama y escrutaba las tinieblas del cielo y del patio. Entonces, durante aquellas ocasiones en que me negaba tan eficazmente al miedo que llegaba a olvidarlo, me refugiaba en los recuerdos y pronto, aunque cada vez más despierto, era como si estuviese soñando. Veía a Concha, sus brazos, sus hombros, sus piernas y su rostro, tostados al sol de la terraza desde el principio de aquel verano que ya acababa y que, según repetían los tíos y la tía abuela Dominica, iba a ser el último de la guerra.

En realidad no recordaba el cuerpo verdadero de la Concha, sino aquel cuerpo —tan idéntico y tan distinto— con el que había soñado una de las primeras noches en casa de la tía abuela, cuando aún la costumbre de la nueva casa no había aplacado la tristeza del traslado. Tampoco me despertaban en realidad los motores de los aviones y el ulular de las sirenas, sino el ajeteo de la familia, que, sobresaltadamente puesta en pie por la alarma, se preparaba a bajar al sótano como si se preparase a partir de veraneo para San Sebastián. Chocaban unos contra otros por los pasillos, se gritaban órdenes, consejos, recriminaciones, olvidaban los termos o las cantimploras, regresaban, se descubrían descalzos de un pie, se enmarañaban en una discusión inútil (que habría bastado para despertarme) tras la puerta de mi habitación sobre si dejarme allí o bajarme al sótano, ajeteo al que solía poner fin la caída de la primera bomba y al que sobrevenía un silencio repentino, demasiado brusco y demasiado profundo.

Todavía en la cama, con la misma celeridad con que la tía abuela Dominica agarraba el rosario, recreaba yo el color de Concha en aquel verano —en aquel sueño—, la carne dorada, paulatinamente bronceada, casi negra, que la convertía en una carne asfixiantemente acariciable, lengüeteable, comestible. De inmediato comenzaba a sudar y, aun a riesgo de dejar las sábanas pringosas de pomada, me quitaba el pijama y me dejaba estar, sintiéndome la piel aceitosa, húmeda y como si por los poros emanase vapor, hasta que la excitación y la picazón me arrojaban de la cama y, asomado al ventanuco que daba al jardín de Fausto, conseguía atemperar aquella viscosidad lacerante, que me provocaba el cuerpo soñado de Concha, con imágenes, generalmente abstractas, de parapetos cubiertos de nieve, de caricias rasposas, de sabor a pan. A veces, si el sueño acababa con mis sueños, me quedaba dormido nada más volver a la cama, antes de que el bombardeo hubiese terminado y de que la familia, presa de la agitación que les causaba haber salido indemnes de las bombas de los suyos, regresara del sótano.

Había comenzado a sentir los picores durante aquel anochecer en que Tano me descubrió que el color rojizo de la piel de la Concha, que me intrigaba y me subyugaba desde hacía días, era debido a que la Concha tomaba el sol por las mañanas en la terraza. Estábamos los dos solos, sentados en el bordillo de la acera, alargando culpablemente como tantas otras noches el momento de volver a casa, apenas sin hablar, derrengados, obstinados en seguir en las tinieblas de la calle únicamente por demostrarnos que éramos más hombres que el resto de los chicos del barrio, deseando secretamente que apareciese Luisa a hostigarnos a capones y tirones de oreja. Que no se me hubiese ocurrido que la Concha subía a la terraza a tomar el sol

me hizo sentirme muy tonto, experimenté una desoladora inseguridad, que aún subsistía después de que Tano y yo planeásemos sorprenderla. Aquella noche empezaron a picarme las manos, pero, con una difusa sensación de pecado, decidí no decir nada a Luisa, ni al abuelo, ni a mi padre, ni siquiera a Riánsares o a la abuela, a quien todo se le podía y se le debía contar. La intensidad de los picores fue aumentando durante los siguientes días, intolerable a ratos, incluso durante los preparativos de la emboscada, que fueron arduos y, sobre todo, trabajo perdido.

Lo primero que se nos ocurrió, al encontrar cerrada la puerta de la terraza, fue violentar la cerradura con nuestras navajas. A pesar del sigilo con el que creíamos actuar, la voz de la Concha preguntó a gritos quién andaba allí y Tano y yo escapamos escaleras abajo. Reconsideramos la situación, sentados en el alcorque de una acacia, y decidimos que había sido una estupidez tratar de sorprender a la Concha frontalmente y a la descubierta. Habríamos durado, de conseguir forzar la cerradura, un minuto en la azotea, porque, siendo la Concha unos seis años mayor que nosotros y, aunque no nos lo confesásemos, más fuerte, nos habría expulsado con un par de bofetones.

—La podremos sujetar entre los dos —vaticinó Tano, resucitando una vieja aspiración que hasta entonces la Concha siempre había frustrado.

—Y ¿qué?, y después ¿qué?

—A lo mejor la cogemos en uno de esos pasmos en que se queda quieta, como tonta, y se deja —pero ni siquiera a Tano le duró aquella esperanza absurda—. Lo fetén va a ser escondernos detrás de las chimeneas de la terraza antes de que ella suba, esperar a que se duerma tomando el sol y luego, callando callando, salimos, nos tumbamos cada uno a cada lado suyo y la acariciamos suave. Seguro que eso a ella le gusta y se hace la dormida.

—Y ¿si está desnuda?

—¿La Concha? Deja de rascarte.

—Sí, leches, la Concha. Si toma el sol desnuda, es imposible que se haga la dormida cuando la despertemos.

—Tú ¿qué sabes?

—Me apuesto el tirachinas a que toma el sol desnuda. Por eso echa la llave a la puerta de la azotea. La Concha es muy puta.

—Deja de rascarte, coño, que me pones a rabia^r de picor. ¿Qué sabes tú, panoli, si se va a negar porque esté en pelotas? Mejor que esté en pelotas, mejor para nosotros y para ella.

—Peor, porque la Concha es virgo. Y una virgo sólo se deja por debajo de la ropa.

Hasta dos o tres días más tarde no conseguimos Tano y yo escabullirnos antes del desayuno, sin calcular que el tiempo se nos haría eterno, que el calor, arrancando vaho de los baldosines rojos, nos resecaría, nos produciría vértigos cuando, hartos de permanecer acurrucados detrás de una chimenea, nos asomásemos a la calle de bruces sobre el pretil. Aquella mañana Tano ya ni me regañaba por rascar me, se rascaba también él, y mi piel, que despedía un fuego interior que se juntaba al fuego del sol, estaba ya decididamente encendida y pustulosa.

Habíamos percibido, de repente, que la Concha llegaba y nos ocultamos rígidos, ahogados por nuestras respiraciones contenidas, con los ojos cerrados por hacer todavía menos ruido. Para impedirnos el uno al otro asomar antes de tiempo la cabeza, ambos nos teníamos sujetos por el cuello. Sabía que llegaría el instante de mirar y veía ya, entrecruzadas y absurdas, imágenes vertiginosas del cuerpo de la Concha, contorsionado, mutilado, la Concha de rodillas o, como el Coloso de Rodas, de pie y con las piernas separadas, sujetándose con las manos una pabela contra el viento, la Concha vestida de monja y guiñándome un ojo alegremente.

Semanas más tarde, viviendo ya en casa de la tía abuela Dominica, cuando escapaba de mi habitación corriendo como unapestado (y ya por entonces me había hecho a la idea de serlo), entraba en el cuarto de baño pequeño y me ponía a orinar, de repente y durante unos segundos curiosamente largos y enajenantes, sintiéndome observado, creía ser yo la Concha al

tiempo que otro yo mío me acechaba. La transformación se deshacía también repentinamente, al recordar que era el tío Juan Gabriel quien me miraba desde la bañera vacía donde pasaba la mayor parte de sus días, la cabeza apoyada en un almohadón de terciopelo granate, con el *Castán* y el Código Civil sobre la tabla de la plancha que le servía de mesa. Pero cuando después de abotonarme la bragueta y de recibir una pálida sonrisa del yacente, volvía corriendo por los pasillos a encerrarme en mi habitación, llevaba conmigo aún fresca —y la conservaba esforzándome en que no se marchitase— aquella curiosa sensación de ser yo la Concha y de que perteneciese a la Concha el miembro que crecía mientras orinaba.

Años más tarde, cuando el tío Juan Gabriel ganase en unas oposiciones patrióticas su naturaleza de notario, ya no me sería posible reconstruir con lozanía aquella sensación de ambigüedad perfecta, quizá porque ya para entonces, en los primeros años de la paz, serían otros los recuerdos de la niñez que me cuidaría de atesorar o de olvidar. Y así, poco a poco, la Concha iría dejando de ser yo, de tener miembro, de ser incluso la propia Concha (para entonces ya había comenzado a lanzarse a la noche, cuando terminaba de despachar en la farmacia del Licenciado Grosso López), y comenzaba a mezclarse en mi recuerdo con el de las fotografías, más adivinadas que entrevistas, de los semanarios (*Crónica*, por ejemplo) que el tío Juan Gabriel compatibilizaba con su biblioteca jurídica de la bañera. Había recuperado a mi madre, volvía a estar encerrado (ahora, en un internado de frailes), la abuela había muerto y había muerto Luisa, vivíamos con el abuelo en la casa reconstruida de Argüelles, Balbina me iniciaba perezosa y barroca, ya no me negaba a mí mismo que odiaba a la tía abuela Dominica y a los tíos, empezaba a tener conciencia de habitar un país imperial y de haber perdido, aunque todavía ignoraba que irremisiblemente, la infancia y la guerra. Era difícil sentirse la Concha, cuando estaba aprendiendo que ocultándome a los otros los otros acababan por descubrirme siempre y que el medio más rentable de conseguir la indiferencia del prójimo (de conseguir ser misterioso e invulnerable) consistía en mostrarse, probablemente porque nadie cree en nadie (y más en aquellos años de la postguerra) al no encontrarse nadie habituado a creerse a sí mismo.

Pero los artificios de la verdad, los juegos de la apariencia y la doma del carácter eran algo desconocido para mí aquella mañana de la terraza, mientras Tano me agarrotaba el cuello y yo agarrotaba a Tano por el cuello, acurrucados tras la chimenea, ansiosos y precavidos mirones en trance de flanquear el cuerpo desnudísimo de Concha, de ser abrazados simultáneamente por ella. Por lo pronto, fue Tanto quien, con una violencia inusitada y después de que yo descubriese que había estado observando mi mano libre mientras le suponía cegado por la visión que nos esperaba, se escapó de mi zarpa y, en un susurro que me sonó retumbante, ordenó:

—No me toques. Apártate.

—Ven aquí —me diría aquella misma tarde la abuela, cuando yo había dejado ya en su mesita junto al mirador la taza de té—. Vuelve y enséñame esas manos.

—No es nada, abuela —traté de zafarme—. Que me ha picado una chinche.

—Obedece —dijo, como siempre lo decía, canturreándolo—. ¿De qué tienes miedo?

—Si son sólo unos habones que me he rascado... De chinche o de una pulga...

—Déjame que vea yo.

—Se te va a enfriar el té.

Sonrió, cómplice y guasona, acarició el dorso de mis manos y fue separándome los dedos, observando calmosamente la piel que los unía, esforzándose en mantener la sonrisa. Llamó al abuelo.

—Tiene que picarte mucho, ¿verdad? No tengas miedo, porque esto se cura. Habría sido mejor que me lo hubieses dicho... —se interrumpió, al entrar el abuelo—. Doctor, aquí tienes un caso que no parece difícil diagnosticar.

Mis manos pasaron a las suyas, que por aquellos años aún no temblaban, se caló los anteojos de leer el periódico y el devocionario, se inclinó, en seguida se irguió y dejó caer mis manos.

—¡Vaya por Dios...! Indudablemente es sarna. El había dicho la palabra, que la abuela había eludido, y aquella tarde ya no me dejaron bajar a la calle. Se reunieron todos en la sala. Hablaban en voz baja. Mi padre afirmó que no le extrañaba el sarnazo, pasándome el día entre golfos, milicianas y pioneros. Telefonaron varias veces. A Tano, naturalmente, no le dejaron entrar y Luisa me rehuía. Riánsares, mientras fregaba los platos de la cena, me secretó que la tía abuela Dominica no se decidía a tenerme en su casa, no por temor al contagio, sino por los malos ejemplos que podría yo recibir de mis tíos. La abuela se quedó junto a mi cama hasta que me dormí, dándome conversación.

Al día siguiente, sentados en el mirador, la abuela me explicó las determinaciones adoptadas por la familia. La higiene resultaba esencial y en casa de la tía abuela Dominica había dos cuartos de baño. Lo más molesto sería el aislamiento riguroso en que habría de vivir. A la pomada me acostumbraría pronto (nunca me acostumbré a tener el cuerpo embadurnado de pringue) y ella y el abuelo me visitarían a diario (a los pocos días a ella se lo prohibirían, alegando que sus cuidados exacerbaban mi sensibilidad). Lo importante ahora, a su juicio, consistía en elegir cuidadosamente un equipaje de distracciones, y el tiempo se me pasaría sin sentir. Mi padre excluyó las obras de Verne, a causa de su lujosa encuadernación, y la abuela subrepticamente añadió a la impedimenta lúdica el tren eléctrico (no habría un sólo enchufe en mi prisión) y sus dos tomos en piel de las *Memorias* de Rousseau (que leería íntegras y sin apenas provecho). Alegué que perdería mis clases, pero rearguyó que doña Juanita necesitaba unas vacaciones. Le pedí crudamente que me dejase seguir en su casa, que yo me bañaría en un barreño, que no tocaría nada ni a nadie, que prometía no salir del cuarto ropero. Se echó a reír, como si en aquellos momentos no le costase.

—Yo sé por qué no quieres irte. Por Tano. Pero a los dos os vendrá bien una temporada sin veros. Últimamente, reconócelo, peleáis más de la cuenta.

No era por Tano, sino por la insensata incertidumbre de que no regresaría nunca a casa de los abuelos y, a la vez, de que la Concha iba a consentirnos compartir con ella sus baños de sol. Unos meses después, cuando regresé y ya casi había olvidado las, semanas de la sarna (aunque todavía me despertaba a mitad de la noche rascándome), supe que Tano sí había sido admitido a compartir los baños de sol en la terraza, que allí y durante aquel verano la Concha y él fueron novios. En mi encierro nunca lo había imaginado, por lo que, desde que lo supe, como si estuviese encerrado de nuevo, sufrí unos celos retrospectivos e impotentes.

Los primeros días en casa de la tía Dominica me bañaba Balbina en olor de multitud. Luego, fue decreciendo el número de parientes que, a la mañana y a la tarde, asistían al espectáculo. El abuelo espació sus visitas. Sólo Balbina (nuestra criada de toda la vida, prestada durante los años de la guerra a la tía abuela y que, cuando Riánsares se casó, recuperaríamos sobada y enviciada por la caterva de mis tíos solteros) me secaba después del baño, me untaba la pomada y rociaba la bañera de alcohol, que luego prendía, provocando un fuego azul y casi invisible, mientras me vestía yo un pijama limpio y ella se llevaba a cocer en una olla el usado. Media hora después de estas abluciones y ungüentos, el tío Juan Gabriel se reintegraba (salvo que se distrajese tocando el piano) a aquella bañera, único rincón de la casa donde, según él, era capaz de estudiar, ya que era el único rincón, de acuerdo con las trayectorias y derivadas que había calculado, donde nunca podría caer una bomba, ni un obús. Pero el cálculo más exacto y lucrativo que realizó el tío Juan Gabriel fue pasarse en enero del 39 y por las alcantarillas, a las trincheras de los facciosos en la Universitaria. Cuando entró en marzo con las tropas vencedoras, el tío Juan Gabriel hablaba de la guerra como si en vez de en la bañera la hubiese vivido íntegra en el frente y, con los años, había parientes que afirmaban que Juan Gabriel se pasó a Salamanca por Portugal en la primera semana de la cruzada.

El recuerdo de aquel cuerpo en la bañera iba unido al indeleble, aunque ajado, de mis misteriosas transformaciones en la Concha, en las tres o cuatro ocasiones diarias en que se me permitía salir del cuarto de los trastos. La soledad, multiplicada por la ausencia de la abuela, reavivó el recuerdo de mi madre, a quien la sublevación había sorprendido en *el otro lado* y a quien, por una sencilla pero firme asociación mental, a veces creía oír al otro lado de la

puerta. Cuando, cansado de leer o de jugar, ensordecido de silencio, intemporalizado y afantasmado por la soledad, pegaba el oído a la puerta o trepaba hasta el montante (a través de cuyo vidrio fijo divisaba un recodo del pasillo), creía escuchar entre las voces la de mi madre o (lo que me espeluznaba más) su respiración.

Y probablemente la respiración era real al otro lado de la puerta durante algunos bombardeos, cuando yo creía estar solo en el enorme piso de la tía abuela Dominica, porque, según me contaron mucho después (y entonces no podía ya dejar de odiarla), tía Dominica no bajaba al sótano con mis tíos y, en silencio para no asustarme, se quedaba de guardia junto a mi puerta hasta que la sirena proclamaba que había pasado la alarma. Sin embargo, a diferencia de los celos, me fue imposible sentir retrospectivamente el sosiego y la gratitud que habría sentido durante aquellas noches de haber sabido a la tía abuela tan cerca de mí.

Aquel régimen de vida, agravado por la escasez de alimentos, propiciaba las alucinaciones diáfanas y tortuosas, en las que siempre cuidaba de separar —angustiosamente— de la Concha, de Balbina, de Riánsares, de las niñas del barrio, de las milicianas de nalgas ceñidas por el mono, las apariciones de mi madre, por lo general vestida de enfermera de la Cruz Roja. Algunas noches (quizá porque la tarde anterior no había merendado o porque había cenado sólo un trocito de pan y un plato de cáscaras fritas de patata) agradecía que la sirena, disipando las imágenes flotantes, me restituyese al mundo real, el mundo donde cualquier instante podía llevar mi muerte o la de otros habitantes de la casa, pero no la de mi madre.

A cambio, si Balbina me había traído un plato de garbanzos o el gramófono de bocina para que durante un rato (y sin acercarme a él) escuchase las placas que a ella le gustaban (el coro de las segadoras de *La rosa del azafrán*, Gardel, Angelillo), era casi seguro que durante el bombardeo soñaría que el tiempo pasaba de prisa, que la piel no me escocía, que la Concha se doraba al sol, que su carne ya había adquirido consistencia, el aroma y el sabor del chocolate. No obstante, también otras veces la Concha adoptaba en mi ensoñación la fijeza de la gelidez, la pesadumbre de las horas iguales, el temor de oír la propia voz. Por la mañana comprendía que había soñado despierto, aun sin verla, con la Concha en la terraza mientras la acechábamos Tano y yo tras una chimenea, y paulatinamente recuperaba el gusto de lo prohibido, el placer de haberla visto brotar relampagueante y absolutamente desnuda.

—No me toques. Apártate —había susurrado Tano, cuando se le ocurrió viendo mi piel que yo tenía una enfermedad infecciosa.

Chisté sordamente para que callase, pero también me desprendí bruscamente de su mano y, como si al dejar ambos de cogernos por el cuello hubiera llegado el instante oportuno, ambos fuimos rodeando las paredes de la chimenea y asomándonos con una lentitud aprendida en las películas. Y allí estaba, insólita, tendida sobre una toalla y con las piernas separadas en un ángulo que nos permitió a Tano y a mí adorar el primer sexo femenino de nuestras vidas. Nos quedamos quietos, desorbitados, sonriendo inconscientemente quizá, tensos. Los pechos se le derramaban hacia los costados y bajo la luz también desnuda su cuerpo tenía el color rojizo de los baldosines, como si fuese impregnándose de barro. Tano, imprevisiblemente, por una de aquellas irreprimibles necesidades de comportarse excéntricamente que le acometían, silbó y Concha, de golpe, levantó los hombros y se quedó apoyada sobre los codos, los pechos recobrando elásticamente su volumen, una mueca de estupor en los labios.

—No vamos a tocarte —dijo Tano—. Estate quieta. Tranquila, Concha, que va a ser muy divertido —y Tano comenzó a sacarse la camisa por la cabeza.

Tanto creí que ella consentiría que hasta compuse mentalmente los movimientos con que me iba a desnudar de inmediato. Pero Concha se levantó y, al tiempo, como en un número de circo, se envolvió en la toalla. Nos miró. Tano detuvo las manos en la hebilla del cinturón. Algo incomprensible en la actitud de la Concha, algo que rebasaba su agresiva impasibilidad, nos obligó a movernos (¿quién de los dos primero?) en dirección a la puerta, a girar la llave, y

a bajar mansamente los escalones (Tano, poniéndose de nuevo la camisa), a separarnos en la calle sin haber pronunciado una sola palabra. Y aquella misma tarde entré en el lazareto.

Transcurrían las semanas al ritmo de los obuses y de las bombas, y alguna noche, asomado al ventanuco del cuarto de los trastos, ignorando que al otro lado de la puerta velaba la tía abuela Dominica, desnudo y embadurnado de pomada, sudoroso, calculando a qué distancia se habría producido la última explosión, creía factible (y olvidaba que aquella casa terminaba en un tejado) subir a la terraza a que mi madre me untase la pomada, o que la Concha entrara por el montante dispuesta a que le mordiese yo sus hombros redondos, repletos y duros, compactos como el chocolate de antes de la guerra.

Confundía la disposición de una casa y de otra. Confundía la lujuria y el hambre, cuyos jugos se mezclaban en mi saliva. Confundía el sueño y la vigilia, mi piel sarnosa con mi alma. Un deseo se transformaba en un recuerdo y me deslizaba, caía en una lúcida irrealidad, me desconocía. Resultó ser, efectivamente, el último verano de la guerra, pero de aquellas semanas conmigo mismo me quedó una cronología de características peculiares, irreducible. Y así, durante muchos años después, instintivamente confundiría los tiempos y los rostros, establecería verdades contradictorias, trastocaría el orden de los acontecimientos. Acaso ¿no murió la abuela antes de que yo tuviese la sarna?; ¿no había regresado mi madre mientras el tío Juan Gabriel permanecía todavía en la bañera?; ¿no fue la propia Concha quien me mostró en la terraza el vello de su pubis, recién teñido de rubio?; la guerra aquella ¿no había transcurrido cuando yo apenas tenía dos o tres años y fue leyendo a Rousseau, mucho después, que la imagine?; ¿quién la había ganado, si es que alguien la ganó?

También había momentos en que todo parecía haber sido real, aunque entonces todo resultaba más incomprensible. Y en mi celda del internado las noches en que sólo habíamos cenado puré de almortas y una naranja agria soñaba con parapetos cubiertos de nieve, con una caricia rasposa, con un viscoso chorro de chocolate. Sin despertar, mientras seguía soñando, sabía que eran los chicos del barrio recibéndome a pedradas cuando regresé a casa de los abuelos a comienzos del otoño, que era Tano contándome sus proezas, Riánsares friendo un huevo para mí solo, la abuela retenéndome contra su pecho (contenta de hacer por una vez lo que no se debía), la Concha balanceando la lechera y dejándose besar para demostrar que yo no le daba asco.

Despertándome ya, pero aún en la duermevela, era evidente que la guerra no había terminado (que jamás terminaría) y el júbilo de descubrir que sería eterna me adormilaba más. De nuevo volvía al tiempo de la confusión, de las certidumbres, de las emboscadas, de no saber que yo no sabía nada, el tiempo de la vida. Una brisa acariciaba mi piel, aspiraba el fuego azul del alcohol lamiendo la loza blanca y, convencido de que yo había muerto de tifus en una trinchera del frente de Madrid, apuraba la felicidad de haber existido alguna vez y en algún lugar.

Un crimen

A finales de aquel verano (durante el que, como declaró luego —en noviembre, nada más morir Franco—, había visto incendiarse los cielos premonitoriamente) estaba bastante desquiciado. Aunque ninguno de los dos salimos de Madrid, no nos vimos, ya que, cuando le telefoneaba para cenar juntos, Diego siempre tenía comprometida esa noche y las restantes de la semana. Amigos comunes me confirmaron que, además de trabajar mucho, se había enredado en una frenética actividad social. Ultimaba una exposición de obra inédita, andaba rodeado de discípulos y de admiradores, frecuentaba periodistas, mantenía una bulliciosa aventura con una bullanguera hija de banquero, apenas le daba respiro a la ansiedad. Desde siempre, Diego había sido el mejor agente publicitario de sus cuadros y el más hábil escultor de su figura pública, por lo que no era de extrañar, pero sí de temer, que, con el inicio de la cuarentena, se le hubiese exacerbado su obsesa necesidad de notoriedad.

—Pues a ti te habrá dicho — me dijo Luciana la primera tarde de aquel septiembre, en la que me sirvió el té en su casa— que ha terminado un desnudo mío en un paisaje de pagodas y de chimeneas industriales, porque, además de mentir, delira. Lo cierto es que lleva meses sin coger ni un carboncillo. Se le va el día en intrigas para ingresar en la Academia, conferenciando en centros culturales, en fundaciones docentes, en círculos lúdicos, hasta en talleres de creatividad, en cualquier lugar del territorio al que se pueda llegar siquiera a lomos de burro. A la caída de la tarde, corre de vernissage en vernissage, de cóctel en cóctel, y por la noche, fascina a críticos, corrompe a biógrafos, irrumpe en los bares de siempre con un cortejo de papanatas y de parásitos. La madrugada le sorprende pagando copas a cómicos, alcaldes, filósofos a la última, pilotos y duquesas, bilbaínos, chaperos, príncipes de la milicia, ases del baloncesto; en fin, al público normal de esas horas y de esas barras. Está financiando un documental sobre su evolución estilística. Le han nombrado ayer hijo adoptivo de su propia ciudad natal. Esta mañana ha concedido una entrevista a la Hoja Parroquial de nuestra parroquia. Creo que todo, hasta que se pueda ser hijo adoptivo de la propia madre, está claro ¿no?

—Sí —admití.

—Pues ahora, a ti, que conoces a Diego desde antes de nuestra boda te pregunto — preguntó Luciana; justificadamente enajenada ya—: ¿Por qué maldito carajo, en vez de limitarse a lucirla por todo el universo mundo madrileño, se ha liado hasta los tuétanos con esa banquerita huesuda, teñida de cobre, eczematosa, agrietada, flagelada por la droga, alobadora y más mala, aunque infinitamente más lista, que mi pobre Diego?

Habíamos entrado ya en días de general inquietud y de generalizada excepcionalidad y todos, convencidos de que estábamos viviendo el final de cuatro décadas de obligada compostura, andábamos inquietos y despendolados, aunque nadie tanto como Diego. Resultaba muy chocante, por consiguiente, que una persona madura, y madurada en los combates de la clandestinidad, se mostrase inmune a aquellas fúnebres brisas de libertad y exclusivamente dedicado a sus asuntos privados. En aquellas postreras semanas del horror público, incluso yo, que siempre había permanecido al paio en los resguardados puertos de la discrepancia moderada, dedicaba gran parte de la jornada a la conjura. Precisamente en uno de los más concurridos salones donde se recomponía (hasta nivel de jefe de negociado) la patria, encontré a Luciana, recién regresada de Santander, y allí, entre pastelillos de hojaldre y noticias, me pidió que tomase el té con ella a la tarde siguiente, una de las últimas del último verano de la dictadura. Y de su matrimonio, añadió.

—Mujer, no será para tanto. Se le pasará —presagié yo, no para consolar a Luciana, sino por si conseguía engañarme a mí mismo y evitaba hacerme ilusiones.

—Esta no la pasa, te lo aseguro. Esta es la definitiva —aseguró Luciana, como si, en vez de Diego, hablase del ilustre enfermo—. Desde siempre ha sido un vanidoso crónico, un urgido de adulación, un majadero. Pero se contenía, aún le quedaba la suficiente hipocresía para engañar incluso a un amigo tan fiel como tú. Ahora ha decidido que ya no tiene por qué simular, porque ahora, el muy célebre, considera que ha alcanzado una cota superior al más encumbrado de sus colegas y, por tanto, que ha sonado la hora de recibir los tributos de la gloria. Y cuando un artista llega a esas cimas, no hay tributos bastantes, ni bastante gloria, para saciar una vida de trabajos y de modestias forzadas.

—Es muy triste lo que me dices, Luciana, pero quizá equivocado, aunque te concedo que las suposiciones cuanto más tristes suelen resultar más acertadas. Y ¿si Diego, al cumplir los cuarenta, simplemente ha tomado conciencia de la fugacidad de la vida y como tantos, artistas o no, pretende, viviendo en el placer constante, olvidar la muerte, en la que nunca había pensado?

—Ese es capaz de haber pensado en todo. Veo que le conoces mal. No se trata de que esté sufriendo el efecto místico de la andropausia, ni todavía menos, de que esté sufriendo la propia andropausia, como insinúas. Diego jamás ha sido víctima de las perturbaciones más corrientes entre los machos de tu sexo. Que yo recuerde, sólo tras la derrota del 68 y sin que él mismo se lo explicase tuvo un par de años de alarmante normalidad. Ah, si yo te contase...

Y me contaba, parsimoniosamente, minuciosamente, a lo largo de tardes que se nos iban en unos suspiros, durante las que yo, a veces sin escuchar a Luciana, oía su parloteo con la taza de té apoyada en mi barbilla y llenándola de baba. A la tercera o cuarta sesión de confidencias, no reprimía ya mis ilusiones y, engolosinado, bastaba con que, sin cesar de confidenciarme, cruzase o descruzase las piernas, me retuviese una mano entre las suyas, me mirase a los ojos, para que me inundase una lela obscenidad. Nunca, desde que la había conocido vestida de blanco y ya nunca la había dejado de amar, me había permitido desearla. Pero, durante aquellas tardes excepcionales, estábamos más horas a solas de las que estuvimos en veinte años, y Luciana me desnudaba su alma con tal sinceridad que era imposible no ver su cuerpo. Un cuerpo, para mayor complicación, en el esplendor de su desarrollo y de su desempleo, sobre el que, habiendo alcanzado el mío las heladas cumbres del respeto, parecía justo planear.

—Y es que las apariencias carnales pueden llegar a carcomer el sentimiento de más consolidada pureza —filosofaba Luciana, tanteando mis intenciones—. Por otra parte, Diego no es un progresista, como tú —sus dedos serpenteaban por mi pelo—, por lo que se encuentra en una situación óptima para alimentarse con las más groseras satisfacciones. Tú, que le encuentras por ahí, eres testigo de las caricias que le prodiga esa desinhibida. Pues bien, te pregunto a ti, que sí eres un progresista: ¿Te dejarías tú toquetear en público y a lo tonto?

—A mí, ésa, Luciana, es que ni un pelo... —juraba yo, enardecido.

—Pues, ya ves... —y, de pronto, ella veía que era hora de salir para alguna fiesta, a la que quizá también asistiese Diego.

Yo cerraba los ojos y, luego, cuando Luciana me echaba hasta el próximo consultorio matrimonial, poco a poco los iba abriendo al mundo, que en aquellos días era un mundo de champán prematuro, de confirmaciones fidedignas y de desmentidos fidedignos, de teléfonos de madrugada, de renovación de pasaportes, un mundo de heces en forma de melena. En ocasiones, coincidía con Diego y con su sobadora muchacha, una especie de aparente mujer, permanentemente adherida a él y únicamente capacitada para pasar, sin estados intermedios, de gacela enclada a loto, y viceversa. Otras noches, en virtud del reducido territorio de nuestra tribu, me encontraba con Luciana, que, en sociedad, poco se parecía a la Luciana de aquella misma tarde. Y hacia mediados de noviembre, cuando por numerosa que fuese la reunión sólo se oían las voces políglotas de las ondas (media y corta), empezó a ser frecuente que coincidiésemos ambas parejas, en civilizada comandita, y que a la media hora tuviese yo que sacar a Luciana del sarao a pasear la histeria.

—No me niegues que es pura y simple anormalidad empeñarse en escuchar los noticieros culturales en estos momentos decisivos. No me lo niegues, por favor.

—No te lo niego.

—Y por si fuera poco, el barrenado de mi marido propone una retirada temprana, porque mañana tiene un día ocupadísimo. Pero, ¡por el coño de la diosa Cibele!, ¿cómo se puede tener un día ocupadísimo en estos momentos y en esta ciudad en que nadie da golpe, esperando el supremo tránsito? Ah, no, no y mil veces no, esta noche, cuando vuelva de dejar en su frigorífico a esa puta desgrasada, que no venga a arañar la puerta de mi dormitorio, que lo castro.

—Luciana mujer, sopórtalo con elegancia. Que no se diga ahora que Diego te importa. La gente, que es muy mala, es capaz de ir propagando por ahí que, en cuanto Diego te provoca con una librenopensadora, te pones en legítima para dar la nota.

—Por muy mala que sea la gente, que lo, es, no creo a nadie capaz de suponer que me afecta un marido que no me vale. Lo que me irrita es que no me dejen oír el parte del equipo médico habitual y que, encima, Diego se empeñe en hablar únicamente de él mismo.

—En eso tienes toda la razón del mundo para irritarte. Ahora parece, según me han contado, que va a pintar en pleno quirófano y durante la carnicería un trasplante de corazón.

—¿No consiguió pintar un partido de fútbol desde un banderín de comer y tuvo que terminar el acrílico como un árbitro, protegido por las fuerzas del orden público? Mientras se lo consientan, él, dichoso de ser noticia... Reconoce que, cuando todos somos conscientes de que está en juego el futuro de España, la inconsciencia de Diego constituye un atentado a la esencia democrática de nuestro pueblo.

—Tú, Luciana, déjale que atente, que atente... El derecho del artista a la excentricidad tiene sus límites. Y no raramente, en la integridad mental del propio artista.

—¿Qué quieres decir? —me preguntaba Luciana, mientras seguíamos caminando por las calles solitarias.

La noche se nos iba agotando y, en nuestros deambuleos por aquel Madrid expectante, por aquella ciudad velando como una monja fatigada, Luciana; volvía a ser la misma de nuestras tardes en torno a la tetera, la que en veinte años nunca había sido para mí. De pronto, en el silencio de la madrugada, se detenía, abría los brazos en cruz, parecía esperar una señal y me abrazaba, susurrando:

—Y ¿si en este preciso instante...? Al fin y al cabo, es un ser humano.

Resultaba curioso recibir, simultáneamente, mi propio placer y el estremecimiento del cuerpo de Luciana. Si me atrevía a besarla, adivinando que ella consentiría, en aquel beso (a la estatua) el ardor de mi felicidad prevalecía, con asombro por mi parte, sobre la frialdad del rostro de Luciana en trance de vivir la muerte ajena. Temo que mi carne no volverá a sentir una dicha parecida.

Y es que —reflexionaba yo, después de despedir a Luciana en el portal de su casa— la atmósfera morbosa, que el esperado acontecimiento —a fin de cuentas, un episodio político— creaba, llegaba a contaminar también mis sensaciones más singulares e inexpresables. ¿Cómo me faltaban a mí aquel valor y aquel instinto, que Diego derrochaba, para imponer a las peripecias de la Historia el suceso de la felicidad? Siempre había sabido que (sea lo que sea lo que llamamos felicidad) se trata siempre de un espejismo individual. Había que deducir, por lo tanto, la fragilidad de aquella relación contaminada, el hecho indudable de que yo calentaba un cadáver cada vez que osaba abrazar a Luciana.

Quizá para fortalecer mi posición y, de paso, preservar mis ilusiones, decidí dejar de verla a diario y, en vez de acudir casi antes de que me llamase, me dediqué a frecuentar a Diego y a su apéndice femenino. Pronto Luciana se sintió traicionada y la agitación de aquellos días de la rutina en suspenso empezó a producirme algunos beneficios. Las náuseas de aburrimiento, que la egolatría de Diego me provocaba, eran compensadas por el acoso telefónico al que Luciana me sometía, que, al menos, me permitía creerme tan varonilmente insolidario como Diego. Esperaba que, por fin, se percatase de mi persona, aun a riesgo de que, una vez

recobrada la normalidad, se pusiera de manifiesto que las caricias de mi persona habían sido consideradas una quimera o un esparcimiento.

No fue así y aquella conmocionante madrugada (en la que el país se puso de luto durante una semana y a la siguiente ya estaba olvidando al sepultado) me llegó el anuncio del óbito dormido sobre el diván de un bar y contra un sobaco de la escuálida, que olía a nardos. Hasta Diego interrumpió la glosa de un proyecto de programa radiofónico en una catedral, protagonizado exclusivamente por él, y se incorporó, como un súbdito huérfano más, al duelo. Perentoriamente reembriagados, abandonamos el local al ser cerrado por fallecimiento del dueño de todo.

Fuimos caminando por calles con una animación desacostumbrada a aquella hora, en las que, de improviso, sonaba el claxon de un automóvil y, de inmediato, otro le contestaba; por calles rígidas de frío mesetario, recorridas por desconocidos que sólo se atrevían a cruzar miradas cargadas de un único sentido, por taxis huidizos, calles alumbradas por farolas de luces oscilantes, como hachones. Por turno, Diego y yo cargamos a nuestras espaldas con la escuálida, que salmodiaba gregoriano, la columpiamos sobre nuestras manos unidas, la obligábamos a correr, por el placer de correr, nos besábamos imprevisiblemente, por besarnos. Si permanecíamos atentos, la escuálida y Diego oían un fondo de violonchelos que, en un *crescendo* apenas perceptible, anunciaba ya la entrada vigorosa de las trompas. Yo sólo oía el rumor del bienestar fluyendo por mi sangre y sólo deseaba que una lluvia de sal dejase la ciudad convertida en una maqueta a escala natural.

Diego parecía conducirnos hacia un lugar determinado y, cuando llegamos, yo me quedé sentado en la tierra, mientras él buscaba imposibles flores y arrancaba hierbas para ofrendarlas, en aquella misma ladera de la montaña del Príncipe Pío, a los ajusticiados. Resultaba una generosidad heroica por su parte officiar aquella ceremonia sin otros espectadores que la muchacha y yo, sin cámaras, ni micrófonos. Es más, sólo para mí, porque la espiritada criatura había desaparecido. Tardamos en encontrarla, arrodillada en las losas del cercano templo egipcio e incapaz de encontrar ella la dirección de La Meca. La fantasmagoría de las calles y de nuestros ánimos, iluminada ya por los primeros esputos del amanecer, nos fue llevando hasta el edificio, donde —en opinión de Diego— Luciana seguro que estaría durmiendo ajena al aquelarre.

En efecto, aunque después de una eternidad, nos abrió la puerta, tambaleante y mascando sueño, cubierta con una camisilla de brocado en tono ocre y con una esofieta azul, bellísima. Sin acabar de despertarla enteramente, la necrológica noticia la trastornó tanto que, hasta que la mesa de la cocina no estuvo ocupada por la cafetera humeante, los tazones y los zumos, los churros recalentados y una botella de aguardiente de la provincia (augurio de lo que podría haber sido una Arcadia madrileña). Luciana no se percató de la presencia de la chica y quizá a causa de que la insensata manceba, tras el primer sorbo de licor, se sentó en las rodillas de Diego para morrearle mejor.

—¿Quién ha permitido entrar a esta furcia en mi casa? Diego, has perdido totalmente el norte y el decoro. Has perdido el oremus. Responde, si aún te queda vergüenza, chulo de mala muerte. Pero ¿es que os habéis creído, cuando todavía está húmeda de lágrimas la pantalla del televisor, que ya somos suecos? Os voy a enseñar ahora mismo a... ¡Yo, una mujer ultrajada, os voy a enseñar, infames, a no confundir la geografía con la historia!

Por delicadeza preferí cerrar los ojos, lo que no me ahorró la cadena sonora que habitualmente generan la expulsión a patadas de una hija de banquero, el subsiguiente regreso a la cocina y la expulsión, con ayuda de una silla enarbolada, de un marido. Luego, abrí los ojos, comprobé pasmado los desgarrones que había sufrido durante la batalla el camisoncillo de Luciana y, mientras Luciana estuvo gritando, el café se enfrió. Así es que vacié la cafetera en el fregadero, hice tila, coloqué sobre la ofendida frente un paño empapado en vinagre y, en esta operación de primeros auxilios, Luciana se levantó de la tabla de la plancha, arrojó el paño por una ventana y yo fui arrebatado al dormitorio.

Más tarde, tiré la tila fría por el fregadero, hice una segunda infusión de café, preparé tostadas y, Luciana bajo una túnica negra, yo bajo un albornoz de Diego, desayunamos con apetito y arrumacos, pasado ya el mediodía de la memorable jornada.

También, en efecto, resultó ser cierto que Diego había aceptado, a instancias de una famosísima emisora, encerrarse en una catedral durante una noche para transmitir a los oyentes sus impresiones y sensaciones de ultratumba (o de aburrimiento).

—Como exageran tanto —me explicó Luciana una de las noches (frecuentes en aquel diciembre a lo largo del cual se iba recuperando la normalidad cotidiana), en que Diego dormía en el apartamento de la banquera hija—, lo primero que debo aclararte es que no se trata de una catedral propiamente dicha, para lo que no han obtenido la oportuna licencia eclesiástica, sino de una basílica desafectada, pero enorme, catedralicia y con órgano en buen uso, que se encuentra en una de esas comarcas repletas de monumentos y pobladas de cooperativas agrícolas. Diego contará en directo lo que se le ocurra y, además del micrófono, sólo llevará una linterna, un cuaderno de dibujo y un escapulario.

—¿Para qué?

—Contra las apariciones malignas. Lo más seguro es que añada a la impedimenta una botella, para combatir las bajas temperaturas, y un termo de café, para no dormirse. Pero esas vulgaridades domésticas se las callan los de la emisora.

—Hay que reconocer, a poco que lo imagines, que el experimento puede resultar escalofriante.

—Tú ¿crees? Peores noches hemos pasado Diego y yo hace años, cuando Diego pintaba y pintaba bien. A mí me parece uno de esos enredos de los publicitarios, que un día ya no van a saber qué inventar y tendrán que ponerse a trabajar la tierra con un arado romano. Por lo pronto, el marchante de Diego, forzado por la demanda, ha contratado a un par de copistas, que no dan abasto. Diego sale algunas tardes del estudio con la muñeca dislocada de tanto firmar lienzos.

Como en el otoño, volvimos a vivir pendientes de la radio. Ya hacia finales de noviembre Diego había convencido a una gran parte de la audiencia, incluida Luciana, de que durante el verano señales luminosas (una mezcla de explosiones galácticas y de cometa Halley) habían anunciado el golpe de la guadaña a quienes, como él, pasaban la noche estudiando el problema de España en la bóveda celeste. Pero fue a partir del primer encierro de Diego en aquella especie de colegiata metropolitana cuando los acontecimientos se precipitaron, se hicieron, sobre todo, molestos para mí, que (debido posiblemente a la coincidencia en una misma fecha del final de veinte años de deseo reprimido y de cuarenta de represión dictatorial) no podía ya prescindir de Luciana sin sufrir de abstinencia.

Aquella heladora noche de diciembre cerca de un millón de ciudadanos no durmieron, pendientes de Diego. Mi felicidad en aquellas horas me impidió tales curiosidades y, luego, di más de una cabezada durante la retransmisión. Los sobresaltos de Luciana me iban despertando, conforme Diego describía las angustiosas dimensiones de la nave central a la luz de la linterna o las presencias invisibles que le congelaban al atravesarle o el ruido de miles de afilados dientes cebándose en la sillería del coro o los hundimientos parciales de las losas funerarias o los bisbiseos que escapaban de las capillas o la estridencia de las cadenas que sostenían las lámparas o la alucinatória inclinación del retablo del altar mayor. Con tan amena parafernalia, fueron retirándose los murciélagos y las lechuzas se tomaron los últimos tragos de aceite, las primeras penumbras desfiguraron los vitrales y el aire se humedeció con el olor de los damascos carcomidos; comenzaba un amanecer (en palabras de Diego) más terrible y misterioso que las tinieblas. Mientras nos contaban la apertura de las puertas catedralicias, la salida de Diego y la entrada del sacristán, Luciana temblaba en mis brazos.

Hasta la segunda retransmisión (a petición de los oyentes), hacia finales de enero, Diego recuperó la costumbre, sin dejar por ello de proseguir durante el día su frenética actividad social, de dormir en casa. En parte, estaba cambiado según Luciana; en parte, a mi juicio, le había devuelto al hogar la desaparición de la banquera esquelética la misma mañana en que

Diego había surgido de las profundidades del templo en olor de incienso. Durante aquella segunda emisión, que Luciana siguió en mi casa (y en mis brazos), más de un millón de insomnes temblaron en tanto Diego iba encendiendo cirio tras cirio hasta conseguir que, desde el exterior, pareciese la catedral (en palabras del locutor) un ascua rutilante.

Con aquellos avatares, Luciana y yo nos encontramos alguna tarde que otra, la noche en que la televisión italiana encerró a Diego en las alcantarillas de Londres, la noche de los cirios y en pocas ocasiones más. Sin embargo, aun resultándome maravilloso estar con ella, me resultaba penoso el planeamiento de nuestra próxima convivencia, que Luciana como una novia previsor, imponía como único tema de conversación. Después de dos décadas de pureza, en unos meses me había acostumbrado yo a la rijosidad. Sin permitirle escuchar la radio, asaltaba a Luciana y, después, tenía ella que soportar la resaca de mis celos, antes de que pudiese emprenderla con el futuro común. Yo, saciado y somnoliento, la oía igual que el que oye una respuesta incongruente.

Años más tarde, como en un eco retardado, acabaría yo por entender. Pero entonces ya sería inútil y también lo habría sido quizá comprender entonces que Diego, abandonado por la muchacha y recogido por Luciana, no era ya el timonel de su egolatría y de sus excentricidades. Mientras yo, sucesivamente, jadeaba, reprochaba y dormitaba, habría podido, hasta en sus más sórdidos detalles, intuir el rumbo por el que Luciana conducía a Diego. Hacia dónde me conducía a mí, también habría podido. Pero nunca —ni entonces tampoco, menos aún años después— había sido yo hombre proclive a buscar la verdad.

En aquellos días, recuperado del tedio, ahíos de fiestas y de reuniones, con los ojos abiertos pero aún legañosos, no era infrecuente que el pasado, como el retablo del altar mayor sobre Diego, pareciese venírse nos encima. Todo seguía lo mismo y, a pesar de que ningún síntoma anunciara los tiempos deseados, nada era ya igual. Pero pocos se decidían a desprenderse de las cadenas. Fueron aquéllos días de muros cubiertos de pareados, de violencia desesperada, de la aniquiladora lucidez del inmovilismo, de corrimientos subterráneos que algunos (en sus toperas) detectaban mientras la mayoría ignoraba que el país estaba siendo de nuevo apuntalado, días en que hasta dejamos de creer en la muerte como fin de todas las cosas. Yo me preguntaba (sobre todo, cuando obscuramente sentía que Luciana era mía) si la victoria no es la más cruel confirmación de la imposibilidad de ganar.

Poco antes de la primavera, una tarde, en la que mi deseo y mis celos estaban particularmente exasperados, Luciana me anunció que acudiría a oír junto a mí una nueva emisión de Diego desde a la catedral. A la noche y en mi casa el ritual de nuestros encuentros se cumplió. A las doce yo reprimía ya los bostezos de la lujuria solventada y de los celos desahogados, Luciana elegía la ciudad costera en la que pronto viviríamos, una audiencia superior a los dos millones de ciudadanos debía de aburrirse con las espaciadas impresiones que Diego, desde las tinieblas, iba desgranando; todo, incluso el prodigio, se infectaba de los modos de una relajante y conocida etiqueta.

Supe que me había dormido, aunque no cuándo, al despertar bruscamente. Entre Luciana y yo, entre las sábanas, el aparato lanzaba estruendosos y periódicos lamentos, arrancados del órgano, una discordancia sorprendentemente igual y que terminaba siempre en una nota sostenida de asombrosa acuidad. Luciana, pálida y tensa, se tapaba los oídos. Después de que mis caricias fracasasen en el intento de conjurar el hechizo, el concierto, con su monótona brutalidad, favorecía ya mi retorno al sueño, cuando cesó. Diego permitió que el silencio ahondase la expectativa, y hasta yo me desvelé. Luego, en tono fingidamente neutro, su voz anunció que se disponía a descender a la cripta mortuoria del templo. Luciana gimió y, por un instante, yo creí que había sonado otra vez el órgano. Pero el micrófono sólo transmitía lentas pisadas sobre la piedra, chasquidos de cerraduras, chirridos de verjas, la respiración que Diego acompañaba como si en vez de bajar estuviese subiendo.

Tan abstraído me tenía el melodrama radiofónico que sólo percibí que Luciana se había vestido, cuando la sentí agitarse por el dormitorio en busca de su bolso.

—Todavía puedo llegar a tiempo —dijo, mirándome, y su rostro había vuelto a ser el mismo del último otoño, el rostro de la mujer a la que durante veinte años yo había entronizado en el respeto.

Conseguí calzarme unos pantalones y unas pantuflas, mientras Luciana encontraba las llaves del coche. En el ascensor me abroché la gabardina y únicamente ya en la carretera, cuando Luciana aumentó la velocidad a la que habíamos salido de la ciudad, tuve la certidumbre de que llegaríamos tarde. Aunque apenas habló durante aquellas horas, atenta a devorar distancias, a lo largo de la noche fui convenciéndome de que Luciana tenía prisa, no por llegar a tiempo de impedir lo que ella sabía inevitable, sino por asistir a un final que se había precipitado sin ella haberlo previsto. Y a pesar de que no pronunció ni una sola vez durante el viaje su nombre, a pesar de que yo remotamente pensé en él, a lo largo de la noche me vino por primera vez la sospecha de que mis celos habían equivocado su objetivo.

Llegamos a la madrugada, cuando una considerable multitud llenaba la plaza de la catedral. De inmediato, fui separado de Luciana por una turba de reporteros y de curiosos. Poco había que hacer allí, porque el templo había sido ya registrado desde el cimborrio a la cripta sin que Diego apareciese. Me refugié en un bar, después salí y, deambulando, rehuyendo a los amigos que se concentraban alrededor de Luciana, descubrí, arrodillada en la escalinata del atrio, a la escuálida. Sus hábitos de monja me habrían impedido reconocerla, pero, más que su rostro, era inconfundible el movimiento de sus tocas, un cabeceo idéntico al de aquella madrugada en que, también arrodillada, buscaba la orientación de La Meca en un templo egipcio.

Comenzó un nuevo verano, coincidiendo más o menos con aquel matutino despido en Palacio, con unos calores durante los que rebrotaron las ilusiones y las ortigas crecían ya entre los escombros de una época, con el día en que, transcurrido un prudencial alivio de luto por el desaparecido, Luciana me comunicó que se casaba con el marchante de Diego. Me había citado a muy temprana hora de la mañana y en un parque público, sólo injuriado por gentes correteando en busca de la fuente de la eterna juventud.

Algunas semanas más tarde volvió a citarme allí mismo y, ya desde entonces, acudió siempre vestida con detonantes pijamas deportivos, que la hacían tan apetecible como cuando no estaba embarazada. Al regreso del viaje de luna de miel la preñez ostensible había asentado su atractivo. Comenzaba otro otoño y algunas de aquellas mañanas olían ya a frío. Luciana renunciaba a correr, paseábamos, nos sentábamos en un banco, consentía en que abandonase una de mis manos sobre su vientre. Si recordábamos los malos tiempos (pasados), yo comprendía que para algunos la libertad, cuando llega (y nos trae exactamente lo que siempre habíamos esperado), llega siempre retrasada. Como decía Luciana, disimulando su caminar torpón apoyada en mi brazo:

—No parece, cariño, que a ti y a mí la democracia nos vaya a servir para mucho.

Nunca la tuve tan cerca

Hay coincidencias que se cuentan y no se creen. Porque estaba yo, desde que había despertado de la siesta, pensando —todo lo que me permitía la acidez de estómago— que mi situación la arreglaba únicamente un terremoto, la guerra, una epidemia o el suicidio, cuando oigo sonar el timbre, me levanto, voy, abro, entra Pascual y en el mismo vestíbulo me anuncia:

—Se acaba de declarar la guerra.

—¿Contra los antiguos revolucionarios?

—Sí, claro.

O sea, que se trataba de un asunto mollar. Por vez primera en los últimos cinco años dirigí la palabra a mi mujer:

—Suzy, trae café y coñac. Que no sea de recuelo el café.

Pascual, colgado del teléfono y enmarañado en sus propios aspavientos, le ordenaba a Hertha se presentase de inmediato, y ya Suzy traía la cafetera, la botella, las copas, las tazas, y olvidaba —como siempre— el azucarero.

Por si se trataba de una de sus distracciones, le pedí precisiones a Pascual. Que por la radio. No teníamos. También por la televisión. Habíamos vendido el televisor la semana pasada. A cambio, a Suzy le cogía el evento con un aceptable depósito de conservas. Que las abriese con los dientes, las latas, y no interrumpiese. ¿Quién la había declarado a quién? Ni lo sabía ni le importaba. Le sobraba razón; a caballo regalado no hay que mirarle el diente. En la calle —eso sí podía asegurarlo— los grupos eran muy numerosos e, incluso, se formaban manifestaciones. Ignoraba si en pro o en contra. Esperaba él que contra la guerra. El cretino.

Tan rubia y bronceada, tan desnuda, puesto que parecía llevar el mínimo vestido bajo la piel, tan hermosa como agitada de carnes, Hertha llegó al diván, sin que mis brazos pudiesen tenerla ni para un saludo. Sentada, la falda se le quedó invisible. En mi tórax resonaban tambores y aullaban hienas. Suzy y Hertha se besuquearon y resultó que Hertha se había traído su depósito de latas de conserva. Pascual cerró el ventanal, como si los vidrios fueran a detener la radiactividad, y nos solicitó asilo. Que se quedasen, aunque los cuatro tuviésemos que dormir en la misma cama. No había por qué; en aquella casa, a pesar de todo, quedaba cama de huéspedes. Ni le repliqué a Suzy, que se envalentonaba, creyendo que las anormales circunstancias le daban derecho a un trato de ser racional. Me acabé la copa, me puse el traje azul marino, cogí el cuchillo de monte y anuncié que corría a cumplir con mi deber.

Suzy enganchó de entrada la oportunidad y, golpeándose las sienes, intentó abrazarme. Rechazada, Pascual me abrazó, mientras abrazaba yo a Hertha. En el hueco de la puerta, crucificada, gritaba Suzy como en los últimos tiempos de luna de hiel y primeros descensos al infierno (de nuestra vida en común). Grité más que ella y, sollozando, se me enroscó, de hinojos, a las piernas. Sin embargo, se soltó al primer rodillazo. Por la caja de la escalera sus tres voces me rogaban prudencia, tal que si yo marchase a un consejo de acreedores y no a la conflagración.

Efectivamente, las calles chorreaban multitud. Apesadumbrada, aunque la mayoría de ellos estarían asqueados de su mujer, con el negocio en ruina, acribillados a facturas y pateados por sus parientes poderosos. Aun así, apesadumbrados. El pueblo, ya se sabe, nunca comprende nada.

El tipo de la garita me comunicó que habían ido al almacén a buscar los impresos, pero que no me preocupase que era yo el primero. Le di un cigarrillo y, natural entre compañeros, me pasó la metralleta mientras se buscaba las cerillas. Lo de los impresos no podía demorarse mucho. Además, no hacía mala tarde. Un poco de calor. Un poco de calor, concedí, al tiempo que llegaba el NobleAnciano y se le participaba el asunto de los impresos. Le molestaba ser el

segundo, ya que en los últimos lustros había esperado que nadie se le adelantaría, cuando el Gobierno se decidiese a declarar la guerra a los antiguos revolucionarios. La puñetera ocasión allí estaba y eso era lo reconfortante. Como se nos podía suponer de la casa, en tanto el de los impresos regresaba del almacén, se nos invitaba a penetrar en el patio, que él nos reservaría los dos primeros puestos, para que, llegado el momento, eligiésemos unas buenas botas, dado que, con tanta paz, casi todos los pares se encontraban podridos o descabalados.

El patio, amplio, limpio, de guijos puntiagudos y brillantes, con olor a estiércol y *napalm*, era una hermosura. El NobleAnciano se apoyó en mi brazo, a fin de no desnucarse contra el pavimento, y le pregunté dónde tenía el cáncer. En la vejiga. Cortésmente se interesó por la localización del mío. Lo mío no era cancerígeno, sino afectivo-económico-judicial. La Arpía (Suzy) contra el Ideal (Hertha). Mi Talento contra los Tribunales. El mundo emponzoñando mi Derecho A La Felicidad. A cada edad, sus preocupaciones. No obstante, siempre acaba por sonar la hora de la revancha. El NobleAnciano gruñó que no me fiase en exceso de nuestros impulsos digitales, que lo mismo apretaban antes el botón los antiguos revolucionarios, visto el estado paupérrimo de nuestra organización, como el tipo de los impresos estaba demostrando.

Un toque de clarín llenó de guarnición el patio. Nada más ver al Invicto Hoc, el NobleAnciano y yo comprendimos que, con un hombre así, el camino a la Victoria iba a ser un paseo dominguero. Ante la formación, el Invicto Hoc nos impuso las medallas Al-Que-Llega-Primero y Al-Que-Llega-Segundo, respectivamente. Con las condecoraciones prendidas, le advertimos que alistados no podía aún afirmarse formalmente que lo estuviésemos. Bronca general. Séquito destacado al almacén. Que nada, que estaban a la vista, pero que el deficiente mozo encima era analfabeto. El más corpulento del séquito ofreció su espalda como pupitre y el intelectual hizo de amanuense. Al fin, aptos para la batalla.

En la sala de mapas, el Invicto Hoc nos nombró ayudantes de servicio permanente. Con lo de la medalla y el nombramiento, al NobleAnciano se le aguaron los ojos. Los del séquito y el Invicto Hoc dedicaron su talento a rayajear unos mapas con compases y tiralíneas, mientras el NobleAnciano y yo buscábamos bocadillos y, de paso, noticias. El NobleAnciano los trajo de escabeche, de lechuga, de chorizo y de escabeche con lechuga. Yo, malas nuevas. El Invicto Hoc llamó al Mando Central y les preguntó a qué esperaban para fusilar a los conscriptos que no se presentaban. Que rápido o les iba a mentar la madre.

Aproveché la línea para hablar con casa. Hertha, Pascual y ella no se separarían, que, juntando los miedos, se daban ánimos. Alguien había llamado a la puerta, pero no abrieron. Que no abriesen. Estábamos en guerra y en tiempo de guerra cobrarle una letra a un combatiente —o intentar cobrarle— no sólo era una cochinada, sino Alta Traición. Que bueno y que si iba a ir a cenar. Que si estaba tonta. Y que, con lo del miedo, no fuesen a caer en *ménage a trois*.

Nada más colgar yo, el Mando Central. Enterados, estaban enterados de la declaración de guerra, pero no absolutamente decididos a seguirla. El Invicto Hoc les mentó a la madre, como había prometido, y les llamó pacifistas y comemierdas, puesto que, si de lo que se come se cría, lo que no se usa se marchita, y ellos habían criado mucho sosiego. En consecuencia, los destituía. Nosotros —incluidos el NobleAnciano y yo— constituíamos a partir de aquel instante el único y verdadero Mando Central, dictábamos bando de alistamiento voluntario bajo pena de fusilamiento sumario, y que ya estaban enviando las claves, llaves de contacto, esquemas de radiactividad y demás papeles concernientes a la Bomba. Tras lo cual, lo mismo que un torero la montera, el Invicto Hoc, entre vítores, arrojó el auricular contra los mapas.

Con las primeras sombras, el patio se fue llenando de voluntarios, entre los que se encontraban algunos de los jenizaros del depuesto Mando Central. Antes de la cena, el NobleAnciano y yo éramos ascendidos, y hacinados en unos cuantos coches con el resto del séquito por la ciudad oscura como un cementerio y libre como una pista de carreras, nos trasladamos al palacio del Gobierno, donde hasta en las escaleras discutía la jauría de funcionarios o ladridos los teletipos. El Jefe dijo que recibiría al Invicto Hoc nada más y sin

pistola. En un salón, el Invicto y yo deliberamos, y, a cambio de su pistola, le entregué mi cuchillo de monte. De inmediato, dispuesto a agotar sus reservas de paciencia, fue introducido en el despacho del Jefe.

La cosa se puso que llegué a temer lo peor. Si por la tarde resultaban alentadoras, las noticias coincidían ahora en transmitir la angustia, las dilaciones, la marrullería, la falta de decisión de los ciento veinte Gobiernos de los países con armamento nuclear. Nadie se decidía a desintegrar a nadie, a no ser que alguien comenzase a desintegrar a alguien. Para quitarle leña al fuego, varias docenas de representantes de otras tantas religiones desembarcaban en Roma, empeñados en oponerse a la declaración de guerra, acto que ya ni se sabía quién había efectuado. Me vi —repito— desayunando al día siguiente frente a Suzy, recibiendo a los del Juzgado, aceptándole a la familia un empleo en una fábrica, suplicando *in mente* una mirada de Hertha. Hay instantes en la guerra en que un hombre puede encanecer, de golpe.

El Noble Anciano irrumpió en palacio. Las oficinas de alistamiento se vaciaban. Los de la radio transmitían comunicados y discursos, no marchas marciales, como si deseasen debilitar más aún el espíritu de las masas. En dos horas todo el trabajo que nos estábamos tomando podía irse al carajo de la paz. Incluso el séquito se había trasladado a sus hogares, con el pretexto de recoger pijamas y cepillos dentales.

—¿A sus casas? A sus pocilgas.

—¡Pura roña pustulosa! —les definió el NobleAnciano, rugiendo.

La incertidumbre me arrojó al teléfono. Pascual, en el sótano. Ella, una vez que colgase, al tejado. No estaba dispuesta a quedarse enterrada. Prefería caer desde lo alto, escombros más o menos. Y ¿Hertha? Hertha, pataleando en la cama y desgarrándose las vestiduras. Que si el desgarrar era metáfora. Que literal y que allá cada uno con su histeria. Me deseaba suerte, siendo la última ocasión que en este mundo hablaríamos. Que le diese tila a Hertha y la cubriese con la colcha, por lo menos. Yo, si mis deberes bélicos me daban un segundo de tregua, me acercaría a poner orden. El orden —ansiosa de subirse a las tejas, así lo dijo— me lo guardaba donde yo no ignoraba que me cabía. Y cortó la comunicación.

El NobleAnciano, sonriente, me llamó, me tomó de la mano, nos abrimos paso por la desbandada de funcionarios y, desde el umbral, me mostró —con evidente oficiosidad, porque la sangre me lamía ya la punta de los zapatos— al Jefe y a sus quince ministros, degollados. El Invicto Hoc, con mi cuchillo de monte y el teléfono en la diestra, participaba a los medios informativos el cambio de situación gubernamental, y sacudía la siniestra en el aire, goteante y aún temblona del esfuerzo. Además del gran hombre que el NobleAnciano y yo habíamos adivinado, nuestro Presidente Hoc era zurdo. Pocos minutos después, en tanto retiraban cadáveres los camilleros, el NobleAnciano juraba el cargo de ministro del Átomo, y yo, de Comercio. Firmé el decreto de anulación de documentos crediticios, emitidos en los últimos años, y, a la madrugada, nos instalamos en la torre de la base de proyectiles con cabeza atómica, dependencia del ministerio del NobleAnciano. Todo se lo habían dejado abierto y, despedidas las mujeres de la limpieza, allí una vez abiertas las compuertas de lanzamiento, sólo bastaba con apretar el botón. Los botones, puesto que teníamos para los tres y todavía sobraban.

Entonces, el Presidente Hoc nos pidió esperar.

—¿A qué?

—Habrán meditado ustedes las muy probables consecuencias del acto que nos disponemos a ejecutar, señores ministros. No debo ocultarles que, por mucha eficacia que imprimamos a la ofensiva, quizá los antiguos revolucionarios no queden totalmente destruidos a la primera y, en cuestión de minutos, repliquen.

—Y ¿qué? —volvió a razonar el NobleAnciano.

—Hombre, que nos pulverizan...

Las facciones del NobleAnciano reflejaron honestamente el mordisco —de su cáncer y su bilis— en el bajovientre. Magnífico, justiciero, estratosférico, su índice sobrevoló el pulsador

de los cohetes. El Presidente Hoc asió el dedo del NobleAnciano a medio centímetro de la baquelita.

—Señores, temo haber sido mal interpretado. Estos misiles se dispararán. Lo juro. Únicamente, que dentro de seis minutos. Seis minutos les ruego que aguarden. Soy llamado el Invicto, porque jamás tuve ocasión de pelear. Desde mi más dura adolescencia he anhelado este momento, he vivido por él, para él he gastado todas mis energías, fortuna y talentos. Tengo derecho a sentarme en el trono.

—Sí, señor, eso sí —reconoció el NobleAnciano—. Si lo que usted quiere es sentarse en el Trono y que, arrellanado en el Trono, le coja la posible respuesta del enemigo, nada tengo yo que oponer. No seis, sino quince minutos tiene usted, Excelencia, para regresar a palacio, vestir los ornamentos y consumir sus legítimas aspiraciones. Además, señores —la voz del NobleAnciano vibró como un fleje—, ¡venceremos al primer disparo! Y, tras la Victoria, nos quedarán aún enemigos que aniquilar.

—Los interiores, faltaba más... —dictaminó el Presidente Hoc.

—Pero a éstos habrá que fusilarlos o gasearlos. No vamos a tirar sobre nosotros mismos bombas atómicas, digo yo —dije yo.

—Sí, si es necesario —de un brinco llegó a la puerta—. Un cuarto de hora, eh.

—Confíe en mi palabra.

Acompañé al Presidente Hoc hasta el helicóptero y, en un cálculo exactísimo, comprendí que a mí también me había llegado la más completa oportunidad de mi existencia. Por asegurarme que el uno estaba en el sótano, la otra en la terraza, telefoneé.

—Ven —susurró su voz, enronquecida por el terror—. No puedo más.

—Voy. ¿Te has quitado toda la ropa?

—No resisto. Dicen que unos perturbados se han apoderado del Gobierno, que nos quedan minutos de vida. Ven.

—Quince. Espérame.

Me apoderé de un automóvil. Conduciendo con una sola mano, me despojaba de la chaqueta, de la corbata, de la camisa, y atrás quedaban los edificios sombríos, las avenidas desiertas, el aire expectante. Hertha...

El resplandor me acaba de inmovilizar. O quizá he frenado yo. Ascende el círculo de luz, en silencio (y nunca oiré su estruendo), apoyadas las ondas de fuego —escarlatas— en las espirales —anaranjadas— del vacío que se crea a sí mismo, que estira los poros de mi piel y rasga los dientes. El maldito viejo no ha podido esperar.

No oiré el estruendo, que se producirá en los próximos segundos, ni mis manos jamás acariciarán esa carne deseada, ahora que, estando tan cercana e inevitable la muerte, nadie me habría impedido arrojarme sobre Hertha.

Asesino impaciente. Maldito viejo, con su maldita Bomba. Miserable. Como él nada tiene que perder...

El último amor

Que haya acabado marchándose, ahora que, por fin, se ha ido y quiero confiar, con toda mi alma, que jamás volverá, ¿arregla mucho las cosas? Aunque ya me he encargado yo de que no olvidase ni uno de sus pañuelos, parece al mismo tiempo como si no hubiese desaparecido completamente. Y es que, al recuperar todo su normalidad, nada va a ser igual que antes, la normalidad nos la ha dejado infectada, apestando a terror, la casa plagada de semillas de malos sueños. Ganas me vienen de arrancar los cables del teléfono, del timbre, hasta de abandonar la casa, incluso la ciudad, por si vuelve. Ellos, desde luego, ya conocen mi propósito de salir volando escaleras abajo, en bata, con los rulos en la cabeza, desnuda si regresa estando yo en el baño, dispuesta a no ceder así me hincen a bofetadas, me amenace con el divorcio o me encierren en un asilo de viejas. No es un capricho, ni siquiera una opinión; es el miedo, que no me permitiría ni echarme un abrigo por los hombros, antes de escapar disparada. Benedetto sabe, además, que sería la definitiva entre él y yo.

Pero se ha marchado. Después de fregar, barrer, restregar, lavar, pulir, hasta purgar diría yo, con tanto ahínco como repugnancia, voy a dejar abierta la ventana de su habitación dos días y dos noches. Benedetto se reía hace un rato, mirando cómo me afanaba, resudada, a la velocidad del vértigo, rabiosa, y luego ha repetido, aliviado él también, que nunca, nunca, que jamás le tendremos otra vez de huésped. Y entonces he pegado el estallido.

—Mira, escucha, ¡escúchame bien! —le he gritado, tirando el mango de la aspiradora y yéndome hacia su sonrisa—, que no se te salga de los sesos. Ahora me tendrías que comprar la máquina de coser, un aparador nuevo, una batería entera de cocina, tres vestidos, me tendrías que llevar dos semanas a la playa, al teatro todas las noches, y, que se te quede bien metido en los sesos, y no me pagarías ni un céntimo por todo lo que he padecido. ¡Así me estés regalando trastos durante diez años y haciéndome pamemas, maldita sea yo!

—Cálmate —me ha dicho, tranquilo, pero sin reír ya y, antes de irse, ha repetido que no sucederá más—. No prepares cena, que esta noche te llevo a cenar a una buena taberna y luego buscamos un cine.

—¡Ahórrate el cine y la taberna! Lo que yo quiero es volver a ser una persona.

Me besó la frente, temblones los labios, porque, sea fingida o no su calma, avergonzado está, no hay duda; le ha ido brotando la vergüenza en los últimos días conforme crecía mi miedo, que yo comprendo que, al final, debía resultar tan insoportable aguantarme que se atrevió a pensar que alguna consideración merecía su propia mujer. Esta mañana, cuando aparecí en el cuarto de estar y vi la maleta y el estuche del violín, cerrados, junto al balcón, en el momento preciso en que, como un empujón de felicidad, tuve la intuición de que se marchaba, lo primero que se me ocurrió es que Benedetto, por fin afectado por mi desazón, había hablado con los de arriba y que los jefes habían decidido que me lo quitaban de casa. Y no.

No, no, se ha marchado por lo que sea, pero, en cualquier caso, porque él lo ha decidido libremente. Mientras me voy calmando, estoy más convencida de que ni Benedetto tuvo valor para hablar con nadie, ni que él habría aceptado, de no convenirle, que los de arriba le ordenasen la mudanza. Pero si él no considera a nadie por encima... ¿A quién va a respetar como superior un tipo que se sabe temido por toda la organización? ¿A quién, mirando el asunto desde otro sitio, le podía influir, sin excluir a Benedetto, la desesperación de una mujer que ni siquiera es hermana, sino la esposa de un miserable y viejo hermano? Insignificante mujer, pensarían, bien cogida estás, sírvele de patrona y no gruñas demasiado.

Alegre nunca me sentí, ni al principio, cuando aún ignoraba todo. El piso admite una persona más —ese hijo que no hemos tenido—, el trabajo no me asusta y que él resultó ordenado, de poco comer y nada melindroso. Pero desde que pasó la puerta de la calle, me

sentí incómoda. No más incómoda que con cualquier otro de los cientos, extranjeros o del país, que Benedetto habrá traído en nuestros veinte años de matrimonio, pero sí molesta, porque ni tengo veinte años yo y me interesa lo que una basura esa montaña de cenizas de la organización. La vida me hizo para ser la mujer de un hombre como Benedetto, nunca le he pedido más a la vida, salvo que Benedetto —algo en contra había de tener, como se suele decir— sigue siendo hermano y se morirá siéndolo, aunque no quede otro a quien llamárselo, por mucho que la realidad le demuestre su error, el fracaso, ese olor a polvo, a rancio, que desprenden todos ellos. Menos él.

Él pasó la puerta, atravesó el recibidor, en el cuarto de estar se detuvo junto al balcón, siguió un rato con la maleta y el estuche en cada mano y ya, a la luz, se veía que era distinto, aunque tuviese el pelo cortado a cepillo como los hermanos antiguos, a pesar de sus manazas de trabajador que hace años que no trabaja.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Stefania —respondió, por mí, Benedetto.

—Yo saldré poco, de manera que me tendrás todo el día rodando por las habitaciones.

—A ella no le importa —se apresuró a decir Benedetto, como si las palabras del otro y el tono en que las pronunció hubiesen significado una disculpa, un deseo de no molestar o una simple muestra de buena educación.

Las dos primeras semanas no pisó la calle. Leía periódicos, dibujaba edificios de fachadas con mucho adorno, que después rompía en pedacitos iguales, miraba por el balcón; durante la cena y la sobremesa charlaba con Benedetto, no dejaba él de charlar, a borbotones, a tal velocidad y tan sin escoger las palabras que pasaba a hablar el idioma de su tierra sin apercibirse, ni tampoco Benedetto, prueba de lo alelado que le dejaban los discursos del otro. Recuerdos de la guerra y de la de España, de huidas, de enfrentamientos, de explosivos y remedios y estrategias. Apenas les oía —le oía— y, acabando de secar la vajilla, me acostaba y en la oscuridad de la alcoba esperaba a que terminase el runrún de su voz, a que Benedetto entrase, risueño y fatigado, alucinado por las historias del hermano. No le quería preguntar, pero eran ya muchos días, ninguno de los anteriores había durado tanto.

—Él por ahora no está de paso, ¿entiendes?

—No, no entiendo. Puede que ni tú mismo lo entiendas, pero averigua cuándo se va. Sólo eso.

—Entre nosotros no se usan marrullerías —dijo, y se dio vuelta en la cama.

Una mañana, después de esas dos semanas o dos semanas y media, al entrar con la bandeja del desayuno, le encontré con la gabardina puesta. Me dijo que no desayunaba, que quizá luego, cuando volviese. A la hora más o menos estaba de regreso y desayunó entonces, con apetito, hablador sobre todo. A mí, porque le habrían advertido o simplemente porque soy mujer, nunca me mencionaba la organización, en realidad casi no me hablaba. Pero aquella mañana no dejó de parlotear de las calles, del sol, de las gentes, como si fuese yo la enclaustrada y tuviese que descubrirme el mundo. No me fijé en más.

Y, cada tanto tiempo, a capricho se podría decir, alguna mañana aplazaba el desayuno, salía con la gabardina puesta —y mal abrochada—, regresaba en un par de horas todo lo más y desayunaba. Yo, sintiéndole excitado, con necesidad de compañía, no le hacía apenas caso. Algunos de aquellos días, en vez de fachadas extrañas, dibujaba rostros, unos rostros que por lo general gritaban y que también desmenuzaba poquito a poco, con una saña paciente, llenando el cenicero grande de papelillos. Aquel botón de la gabardina me despertó la primera sospecha.

Tampoco creo que se ocultase de mí. Guardaba una reserva natural, una costumbre de silencio, de silencio profesional, claro está, pero nada le importaba que yo supiese y, no siendo tonto, esperaría que tarde o temprano yo, que le arreglaba el dormitorio, que me pasaba el día con él a solas en la casa, tenía que terminar por descubrirlo, aun siendo tonta como soy. ¿Por qué abrochaba uno de los botones de la gabardina en un ojal que no le correspondía, de tal manera que le quedaba raro, aunque no escandalosamente? ¿Por qué, cuando esa

equivocación le obligaba a llevar siempre la mano izquierda en el bolsillo, pero no como si sujetase algo bajo la gabardina?

Además de no ocultarse, más tarde lo comprendí, estaba a la espera de que yo supiese, seguramente pensó que yo era tonta de entendimiento, que necesitaba mucho tiempo y evidencias a puñados, no cabe duda que alguna vez debió de sentirse impaciente. Mi cabeza funcionó a su modo, un poco de claridad, penumbra otra vez o tinieblas, incluso ciega a plena luz. El día que supe también él supo que yo había acabado de adivinar. Hasta tuvo un detalle zafio, algo no para ratificar o comprobar que yo conocía ya su secreto —le bastó mantenerme la mirada—, sino como intentando precipitar los acontecimientos.

—Deja de guisar y ven —le seguí al cuarto de estar—. Toma, lee —me ordenó, tendiéndome el periódico sobre la mesa.

—Yo misma lo he comprado.

—Lo ponen ya en primera página, ¿te fijaste? —preguntó, en parte burlándose de su bravuconería, en parte por establecer una complicidad, que yo entonces no supe medir.

—No cante victoria. Cualquiera mañana sale también en la primera página su fotografía.

Se carcajeó, ondeando el diario, contento, pero como misterioso. Por eso, ahora, mientras se ventila la peste que ha dejado en el dormitorio pequeño, estoy segura de que aquella zafiedad fue un escape de su impaciencia, de su ansia por que yo me enterase. Con Benedetto fingía ignorancia y seguí fingiéndola, cuando una noche ya no resistí más y, tras esperar a que él cerrase la puerta de su habitación, procuré decírselo sosegadamente, sin ponerme gritona, ni llorosa.

—Pero ¿no te has dormido todavía?

—No. Tienes que saber —hablar quedo me facilitaba la serenidad— que yo ya lo sé.

—Olvida, Stefania. Son cosas que no te atañen.

—Sí me atañen. Nos atañen a los dos.

—Te aseguro que no hay peligro.

—Mentira, Benedetto. No consiento que, además, me mientas. Y óyeme atentamente. Hoy, cuando ha salido sin desayunar, porque también he comprendido que ha de ser mejor, en caso de que te lo agujereen, que te agujereen vacío el estómago, registré su dormitorio. He visto el estuche del arma, los compartimentos forrados para las piezas, los racimos de balas, los botes de grasa, los paños con los que la limpia, esas bolsas de papel, en el armario, rebosantes de billetes.

—Aquí nunca le han detenido, apenas le conocen. Te aseguro, Stefania, que el riesgo es mínimo.

—Mentira, Benedetto. Tú y yo somos su tapadera. Lo diría, si le cogen...

—No.

—... vivo.

—Nosotros, los desposeídos, sólo nos tenemos a nosotros.

—Ni por vuestra causa, que jamás fue la mía, ni por ninguna causa, quiero levantarme temblando por si me rechaza el desayuno, por si saldrá o se quedará, y yo sin saber si quedarme o ir al mercado, sin atreverme a asomar la jeta a la escalera, ni a hablar con las vecinas, hasta preocupada por verle regresar, porque sería peor que no volviese. No lo sufro, entérate.

—Sí —dijo, y ya no pudo dormir esa noche, incapaz de oponer una palabra a las mías.

Algo conseguí, pues Benedetto acertó las sobremesas; alegaba, en cuando yo terminaba en la cocina, que debía madrugar para el trabajo. Nos metíamos en nuestro dormitorio y le dejaba con las ganas de seguir conversando, de que un papanatas, le escuchase sus machadas, sus teorías, su verborrea de preso solitario. Yo quería creer, en medio de tanta impotencia y tanta amargura, que de aquella manera le acorralaba, le obligaba a irse. Claro que era sólo una sensación y muy fugaz.

Me agarraba a cualquier eventualidad, a fantasías, que él ni sospechaba, empecé a pasar las tardes en la cocina o en nuestra alcoba, a no contestar sus preguntas, a rehuir hasta su

saludo. Sobre todo, a escapar a la calle las mañanas en que él ayunaba. Nada más cerrarse la puerta, casi tras sus pasos —y, medio loca, incluso pensé seguirle para verle actuar— escapaba a ninguna parte, a quedarme en un parque, delante de un escaparate, en una iglesia, asfixiada de miedo, enferma, mientras liquidaba la fechoría en uno u otro barrio, toda la ciudad era buena para él, hasta que volvía a casa y me lo encontraba sentado ante el desayuno, que con sus propias manos había recalentado. Malgasté horas maquinando que le echaba raticida a su comida y, al atardecer de esos días, escapaba a comprar los periódicos, con la insensata ilusión de que traerían en primera página la imagen de su cuerpo sobre una acera. Luego, me quedaba agotada, entristecida, incapaz de explicarme por qué le odiaba, como si me estuviese acostumbrando.

¿Qué podían afectarle mis silencios, mi displicencia, los alimentos mal condimentados, la ropa sucia, esas pequeñas venganzas, la mayoría de las veces sólo imaginadas? No, él no necesitaba un ama de casa, una sirvienta hacendosa, o prescindía sin subrayarlo de las comodidades. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo podía yo haber supuesto, con mis años a costas, con mi rostro que ha recogido y conservado los surcos de las privaciones, con este cuerpo de largos huesos que ha descarnado la rutina? Y no habría sido difícil suponerlo, a poco que hubiese reflexionado en que él no salía sino para asaltar y para huir.

Bueno, pues ni la más mínima suspicacia, ni siquiera esa mínima precaución de asegurar el pestillo del cuarto de baño. Abrió como si hubiese derribado la puerta. Naturalmente, en un segundo comprendí. Y, aunque estaba ya derrotada, le esquivé, huí por el pasillo, chorreante, facilitándoselo, y también luché, hasta que él quiso usar su fuerza. Mucho después regresé al cuarto de baño, a donde le había oído ir desde la alcoba; la alimaña de él ni había cerrado el grifo de la ducha, que seguía lloviendo igual que cuando había entrado a asaltarme a mí también.

Benedetto es un hombre sencillo, un simple obrero, y logré no contárselo, porque a la humillación de saber habría unido la cobardía de consentirlo sin expulsarlo de casa. Es más, a partir de aquel día, después de recoger la cocina, volví a retirarme en silencio, dejándole repetir incansablemente, testarudamente, frases que a Benedetto le sonaban siempre nuevas. Lo intentó en otras ocasiones, no ha dejado de perseguirme para decirlo con claridad, incluso una tarde consiguió sujetar mis muñecas y rasgarme la blusa; otras veces me obligaba a que le escuchase unos discursos razonadores, sensatos, lo más hiriente y corrompido que nunca escuché. Llegaba, tratando de prostituirme o debilitarme, a decir verdad. Sin embargo, de poco le podía valer, porque en mi interior yo ni siquiera me escuchaba a mí misma, dentro de mí no se trataba de aceptar o rechazar, yo era sólo una enorme fuerza que decía no, sin decir nada, un muro de piedra mojada para sus manos, una náusea.

Se ha marchado. Pero ¿se ha marchado? Sé que ni el aire ni el tiempo limpiarán esta casa por completo. Me despertaré sobresaltada cualquier noche; a la sola idea de que a la mañana siguiente él tendrá la gabardina mal abrochada, mi piel se llenará de sudor; temblaré al entrar en una habitación vacía, rehuyendo un acoso, que embrujó el camino de mi cansado cuerpo hacia la vejez. Quizá —ahora es razonable la ilusión— un día, al desplegar el periódico, llegue a ver la foto de su cadáver.